

3233

Desde el  
umbral de la  
muerte.

---



# **DESDE EL UMBRAL DE LA MUERTE.**

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.**

---

**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

**1874.**

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	D. <sup>a</sup> MATILDE DIEZ.
CLEMENCIA.....	GERTRUDIS CASTRO.
LUZ.....	SOFÍA ALVERÁ.
DON FÉLIX.....	D. MANUEL CATALINA.
DAMIAN.....	ANTONIO VICO.
LICENCIADO CARRANZA.....	FLORENCIO ROMEA.
GAMBOA.....	MIGUEL CEPILLO.
DON RODRIGO.....	JULIO GARCÍA PARREÑO.
PEPE.....	JULIAN ROMEA.

---

La acción pasa en Ayamonte. — Año de 1808.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala en la casa de un pescador rico. Puerta en el fondo para las salidas y entradas del exterior. En el ángulo de la derecha una ventana que mira al mar: en el de la izquierda un altar, en el que habrá un cuadro con la imagen de la Santísima Virgen del Cármén, una lámpara encendida y varias velas apagadas. Al lado del cuadro de la Virgen un pedazo de bandera real de España hecho girones. En el costado de la derecha una puerta; otra en el de la izquierda, y el hogar encendido debajo de una gran campana de chimenea. Colgados de las paredes y convenientemente distribuidos por la escena, efectos navales, como vergas, trozos de mástiles, barricas, timones, redes, cables enroscados y demas objetos de jarcía.

Aparecen María hilando cerca del hogar y Luz mirando al mar desde la ventana. Es el principio de una noche de tempestad.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA, LUZ.

LUZ. (Santiguándose al ver brillar un relámpago.)  
¡Ay, qué noche... Virgen Santa!  
¿Cerraré, madre?

MARIA. Bien, cierra.

LUZ. (Cerrando.) El cielo, el mar y la tierra

257070

tienen un cáriz que espanta.  
MARIA. Algun chubasco... Si hay truenos  
no te asustes ni anonades;  
que en pos de las tempestades  
vienen los dias serenos.  
Ademas ya debe estar  
en tierra toda la gente,  
y tu padre felizmente  
hoy no ha salido á la mar.  
Si la tempestad avanza  
aquí nos hallamos bien:  
vendrá tu padre; tambien  
el Licenciado Carranza;  
oiremos su buen decir;  
junto al hogar charlaremos;  
se irá; despues rezaremos  
en santa paz, y á dormir.

LUZ. (Se sienta junto á su madre y se pone á repasar las  
mallas de una red.)

La tempestad va á romper  
y tengo un susto mortal.

MARIA. Hija, lo que es natural  
no nos debe sorprender.  
¿Á qué ese temor insano?  
Todo ello no es más que ruido...  
Nadie dirá que has nacido  
en las rocas del Oceano,  
hija de un lobo de mar,  
que sin mezquindad ni pena  
tiñó con su sangre buena  
las aguas de Trafalgar.

LUZ. No temo yo, madre mia,  
el espectáculo horrendo  
del vendaval, ni su estruendo  
llega á turbar mi alegría.  
Sólo ocasionan mi afan  
esos pobres navegantes  
que irán en estos instantes  
á merced del huracan.

MARIA. Cierto; ¿á quién con su azarosa  
fatiga habrá que no alarmen?  
Pero la Virgen del Cármen

por todos vela amorosa,  
y á todos sabrá salvar;  
que ella las ondas aplaca  
y al triste náufrago saca  
de los abismos del mar.  
Mas por hoy, gracias á Dios,  
embarcado no hay ninguno  
de los nuestros.

- LUZ. Tal vez uno...
- MARIA. ¿Uno?
- LUZ. Sí, y acaso dos.
- MARIA. Ya!... tu hermano tal vez sea...
- LUZ. Con don Félix navegando...
- MARIA. ¡Siempre en don Félix pensando!  
¡siempre en él fija tu idea!
- LUZ. Si me ha salvado la vida  
en una noche de horror;  
si él es nuestro bienhechor...  
¿no he de ser agradecida?
- MARIA. Agradecida has de ser,  
porque es una gran virtud  
siempre que la gratitud  
no pase de agradecer.
- LUZ. Yo...
- MARIA. ¡Dios te libre de mal!  
y, pues que estás en un potro,  
sabe que el uno y el otro  
han llegado á Portugal.
- LUZ. (Muy agitada.) Ya en el suelo portugués!...  
¡Dios mio! ¿tan cerca están  
de Ayamonte?... ¿y no vendrán?...
- MARIA. ¿Lo ves, Luz mia, lo ves?  
Mis temores no eran vanos:  
tan agitada te hallas,  
que ya no ves ni las mallas  
que tienes entre las manos.
- LUZ. Pues si están en Portugal,  
¿no es natural mi alegría?
- MARIA. Sí; natural, hija mia;  
¡demasiado natural!  
Buena y sana es tu afición:  
su calor aún no te abrasa;

mas yo leo lo que pasa  
en tu pobre corazon.  
Y para que no te aflija  
mañana una gran tristeza,  
te hablaré con la franqueza  
que una madre habla á su hija.  
Estás con toda tu fe,  
sin darte cuenta de nada,  
ciegamente enamorada  
de don Félix.

LUZ. Yo no sé...  
En mis sueños su sonrisa  
descubro, su faz donosa,  
y oigo su voz cariñosa  
al murmurar de la brisa.  
Si las ondas miro, allí  
su dulce imagen se encierra:  
si huyo á esconderme en la sierra,  
él va delante de mí.  
Creyendo que son antojos  
ó visiones del deseo,  
los ojos cierro ¡y le veo!  
por más que aprieto los ojos.  
¿Cómo es esto, madre mia?

MARIA. ¡Ay, mi Luz!... qué lejos vas.

LUZ. ¿Será esto amor?

MARIA. Eso es más  
que amor, es idolatría.  
Entrada en tu pecho has dado  
á una pasion...

LUZ. Ay de mí!

MARIA. Y adorar al hombre así,  
hija, es muy grande pecado.

LUZ. Yo, señora, no he querido...

MARIA. Es verdad; però con todo...

LUZ. ¿No ama usted del mismo modo  
á mi padre?

MARIA. Es mi marido.  
En él nuestra fe se encierra:  
amor, honor y reposo,  
¡todo es de él!... que es el esposo  
nuestro señor en la tierra.

Conque ya ves, siendo así,  
no cabe comparacion  
entre una y otra pasion:  
don Félix no es para tí.

LUZ. ¡Para mí nunca será!  
pero, madre, ¿y si él quisiera?

MARIA. No lo será; no hay manera...  
mas no esperes, no querrá.  
No es todo el panal azúcar:  
es noble, un gran caballero,  
y sobrino y heredero  
es del señor de Sanlucar.  
Y aquí el deseo no basta:  
no se casan los señores  
con hijas de pescadores...  
cada casta con su casta.

LUZ. Pues bien pudiera bastar,  
porque mi padre y señor,  
es ántes que pescador  
un héroe de Trafalgar.

MARIA. Un héroe, ¡mucho que sí!  
pero no vueltas le des:  
tambien don Félix lo es,  
él tambien estuvo allí.  
Pero con tan mala suerte  
de la refriega salió,  
que desde entónces quedó  
á las puertas de la muerte.  
Su alivio en vano procura;  
y será bien que no ignores  
que en opinion de doctores  
sus males no tienen cura.

LUZ. ¡Y morirá!...

MARIA. Acaso un dia...  
un milagro, ¿qué no alcanza?  
mas por hoy no hay esperanza;  
esta es la verdad, Luz mia.  
En ello medita un poco  
por nuestro bien, y concluyo:  
si noble, no ha de ser tuyo,  
y si incurable, tampoco.

LUZ. ¿Y no he de pensar en él?

- MARIA. Piensa lo ménos posible,  
porque amar un imposible  
es un amar muy cruel.
- LUZ. Su mandato reverencio;  
pero ¡ay madre!
- MARIA. Si te vales...
- DAMIAN. (Dentro.) ¡Venga un farol de señales!
- MARIA. Tu padre viene, silencio.

## ESCENA II.

DAMIAN, MARÍA, LUZ.

Sale Damian apoyado en un baston muleta, y con un farol encendido.

- DAMIAN. ¿No he de cantar aleluya  
mal que le pese á las parcas?
- MARIA. ¿Han arribado las barcas?
- DAMIAN. Una falta.
- LUZ. ¿Cuál?
- DAMIAN. La tuya.  
Mas no te apures, mi sol;  
ya viene el patron Gamboa  
rompiendo mar con la proa.  
Toma, enseña ese farol.  
(Lo cuelga Luz por fuera de la ventana.)  
Que mis fuerzas, en verdad,  
hoy se niegan á servir...  
(Dirigiéndose á la ventana.)  
Pero aún mi voz se hace oír  
en medio la tempestad.  
(Agrupados á la ventana.)  
Ved la barca, ¿la veis?
- MARIA y LUZ. No.
- DAMIAN. Pues yo sí. Mal rumbo tiene...  
si no orza pronto se viene  
encima los bajos...
- MARIA y LUZ. Oh!...
- DAMIAN. Les hablaré...
- MARIA. No te oirán...

DAMIAN. ¿Que no me oirán?... probaremos.  
(Gritando.)

«¡Há de la Luz!...» escuchemos...

LUZ. No contestan...

UNA VOZ. (Muy á lo léjos.) «¿Qué dirán?»

DAMIAN. ¿Tengo yo la voz difunta? (Esforzando la voz.)

«Vira, aguantando en bolina

y atraca por la marina.» (Breve pausa.)

Ya vira... dobla la punta...

ya en otras aguas entró...

¿Orza?... ¡bien! el pico á tierra...

y ¡qué piés tiene la perra!...

¡ya no hay miedo... se salvó!!

(Se retiran de la ventana, y Damian, apoyado en el brazo de Luz y en su muleta, se encamina al hogar y toma asiento en un sillón de baqueta. María cierra la ventana.)

LUZ. Tan negra noche tenemos  
que no he logrado ver nada.

DAMIAN. Ps... no estás acostumbrada;  
pero nosotros poseemos  
á fuerza de malos ratos,  
ojos y oídos tan finos...

qué más de cuatro marinos  
podemos pasar por gatos.

Ya verás qué pronto llega,

si no tropieza con Zoa,

su novia, el patron Gamboa,

para contarnos la brega...

Mas ¿y el señor licenciado,  
cómo no le encuentro aquí?

MARIA. Como la noche está así  
puede que se haya acostado.

DAMIAN. Pues mi pierna... ¡voto á bríos!

### ESCENA III.

DICHOS, CARRANZA, con linterna encendida.

CAR. Aquí el licenciado asoma,  
que en nombrando al ruin de Roma...

DAMIAN. ¡Venga su merced con Dios!

MARIA. Ya se le echaba de ménos  
y creí que no vendría.

CAR. ¿Por qué, señora María?

MARIA. Como la noche es de truenos...

CAR. Bien rimbomba en las alturas;  
pero, trazando la cruz,  
he querido ver á Luz  
para no acostarme á oscuras.

ULZ. Gracias mil...

CAR. (¡Gracias me das!)

Bien puede darlas á fe;  
pues por muchas que me dé,  
le quedarán muchas más.

DAMIAN. Vaya, mate esa linterna  
y atráquese aquí á la lumbre.

CAR. (Apagando la linterna.)

Sí que haré y sin pesadumbre.  
Conque, ¿cómo va la pierna?

DAMIAN. Endiablada...

CAR. Estése quedo.

DAMIAN. Mas desde que usted ha llegado  
todo el dolor se ha largado.

CAR. Eso es que me tiene miedo.  
Vaya con Dios si ya es ido:  
mal que del médico huye,  
pronto, muy pronto concluye  
por declararse vencido.

DAMIAN. María, alguna empanada  
saca, bizcochos, jerez...

CAR. No, gracias por esta vez.

MARIA. ¿Chocolate, almívar...

CAR. Nada.

Estimo su generosa  
oferta; pero hoy no puedo...  
porque ayuno...

MARIA. Entónces cedo...

DAMIAN. Si ayuna... ya es otra cosa.

(María aviva la lumbre; vuelve á tomar la ruceta,  
Luz las mallas y Damian enciende su pipa. Todos  
convenientemente sentados alrededor del hogar.)

CAR. En santa paz y amistad,  
mientras por fuera venta,

- aquí agrupaditos...
- DAMIAN. Sea.
- Y ¿qué ocurre en la ciudad?
- CAR. Señor Damian, muchas cosas.
- MARIA. ¿Sí?
- LUZ. ¿Muchas?
- DAMIAN. Dejádme oír...
- ¿buenas nuevas?
- CAR. Desastrosas.
- DAMIAN. ¿Para la patria?
- CAR. Cabal.
- Portugal está ocupado  
por Francia, y ya ni un soldado  
nuestro queda en Portugal.  
Solano, con gran cordura,  
la raya española gana,  
y su tropa veterana  
concentra en Extremadura.  
Se ve ya claro el ardid:  
los franceses á su modo  
lo van invadiendo todo  
y Murat ya está en Madrid.
- DAMIAN. ¡Ira de Dios infinito!  
¿ya nuestra córte desdora  
esa grey de... Bien; y ahora  
¿qué dirá *Don Manolito*?
- CAR. Segun el vulgo pregona,  
ya cayó... con ruido tal,  
que la familia real  
se ha trasladado á Bayona.
- DAMIAN. ¿Y nos deja en el garlito?  
¿y á España y toda su mies  
en las manos del francés?  
¿se ha portado el favorito!
- MARIA. (Asustada.) ¡Damian!
- DAMIAN. ¡Eh!
- MARIA. Que desatinas...
- DAMIAN. ¿Somos aquí un pueblo alarbe?  
¿La corona del Algarbe  
se le va á volver de espinas!
- MARIA. ¡Chut .. ¡calla!!...
- DAMIAN. Y hará que cope

el francés y nos domine...  
¿no quereis que desatine  
si estoy de Francia hasta el tope?  
Maldígala Dios amen.

CAR. Pero dicen que en la guerra  
nos dará ayuda Inglaterra.

DAMIAN. ¡Mal haya en ella tambien!  
que en las aguas españolas  
nos hizo aguantar reveses,  
y entre ingleses y franceses  
nos han dejado en bandolas.  
¡Hum!

MARIA. Te pones delirante...

DAMIAN. Es que me sacan de quicio...

GAMBOA. (Dentro.) ¿Me da zu mercé premicio?

DAMIAN. Hola, Gamboa!... hálala avante!

#### ESCENA IV.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Dios bendiga á zus mersés.

DAMIAN. ¿Cómo vienes?

GAMBOA. Chorreando.

DAMIAN. ¿Habreis venido achicando  
agua?

GAMBOA. Cabar.

DAMIAN. Y ¿cómo es  
que te arrumbabas derecho  
sobre los bajos?

GAMBOA. La noche  
no está pa roar el coche;  
¿zi bufa un sudueste ezecho!  
Con los atunes en guerra,  
se me entró la virason;  
recogimos de trompon  
y er pico lo puze á tierra.  
Jala y jala... el puerto gano;  
pero la mar nos comía  
en la barra y naide vía  
ni los deos de la mano!  
La noche sierra que sierra...

ar fin la luz columbré,  
y gracias á zu mercé,  
ya tos estamos en tierra.

DAMIAN. ¿Y averías?

GAMBOA. No zeñó;  
arguna... mas poca ha sío:  
er palo traigo rendío  
y dos vías á estribó.

CAR. ¡Friolera!

DAMIAN. ¿Hay barco á la vista?

GAMBOA. Una fragatiya zola  
por Poniente.

DAMIAN. ¿Es española?

GAMBOA. Ingleza.

DAMIAN. Que Dios la asista.

GAMBOA. Capeando viene el viento;  
pero temo que la esmoche  
zi no arriba. Ar ser de noche  
me la ejé por barlovento.

MARIA. ¡Dios la libre de un percance!

DAMIAN. Es inglesa y no me apuro.

MARIA. Es prójimo...

DAMIAN. ¿Qué!... ¿Y de juro  
que habreis echado hoy mal lance?

GAMBOA. Conforme y sigun, zeñó:  
er pescao por allá  
mordía bien la carná;  
estaba de güen humó.

Pero de pronto subiendo  
la mar ze mos puso é pie:  
er sudueste orfateé,  
y en seguía recogiendo  
aparejos y la maya,  
me he venío ar güen tuntun  
con zeis arrobas d'atun  
y unas libras de morraya.

CAR. ¿Y es poco?

MARIA. De ningun modo.

DAMIAN. Demasiado es en verdad:  
os regalo la mitad.

MARIA. ¿Qué mitad? dáselo todo.  
Bien los pobres lo han ganado;

- y ya que en salvo se ven...
- GAMBOA. Mostrama, ezo no está bien...
- DAMIAN. ¿Lo ha dicho el ama? está hablado.  
Dad, puesto que ella os equipa,  
á mi bodega un avance:  
os regalo todo el lance,  
y á tí, Gamboa, mi pipa.
- GAMBOA. ¡Zü pipa!... Aunque m'haga un zurco  
d'aquí me la he de corgá,  
y en eya no ha de jumá,  
aunque z'empene, er Gran Turco.
- DAMIAN. Poned á secar los paños;  
un buen rancho, y á cenar.
- GAMBOA. Pus con Dios.
- TODOS. Á descansar.
- GAMBOA. Zus mercés vivan mil años.

## ESCENA V.

MARÍA, LUZ, DAMIAN, CARRANZA.

- CAR. ¡Cómo admiro estos hombrones  
que á brazo partido luchan  
con la muerte á todas horas  
y no se blandean nunca!
- DAMIAN. Como el señor licenciado  
su ciencia en la tierra cursa,  
no es mucho que mis patronos  
admiracion le produzcan.  
Pero la pesca á la vista  
de la costa poco abruma.
- MARIA. No digas eso, Damian;  
la pesca es faena ruda.
- CAR. Digo!... y cuando hay tempestades  
como la que ahora zumba...
- DAMIAN. Siempre hay tiempo de escapar,  
y de escapar con fortuna.  
Donde no hay escape es cuando  
el barlovento dispután  
dos de á sesenta por banda  
y se abarloan con furia,  
á tiempo que el mar sus ondas

hácia las nubes empuja.  
Aquellos, señor Carranza,  
son trabajos que espeluznan:  
agua y bronce arriba, abajo,  
detrás, delante... y ¡qué música!  
Momentos hay ¡vive Dios!  
en que el más sereno duda  
si es el mar, ó los cañones,  
ó los diablos, los que bufan.  
Allí, allí es donde se prueba  
si hay en los hombres injundia,  
cuando de pronto se abren  
diez bocas por donde juntas  
entran la mar y la muerte,  
que en un santiamen inundan  
baterías y pañoles  
de miembros y roja espuma.  
Y ¡firme! el que queda en pie;  
y ¡fuego!... hasta que se hunda  
el tablon que entre la vida  
y la muerte nos columpia.  
¿No encuentra el señor Carranza  
tal cual diferencia?

CAR. Y mucha!

sólo de oirlo se pone  
todo el cabello de punta.  
Esa lucha de titanes  
parece un cuento de brujas.

DAMIAN. Pues no es cuento, que es verdad;  
y esto ha pasado en las últimas  
batallas de Finisterre,  
de Trafalgar...

CAR. ¡Santa Úrsula!

¿y en qué navío iba usted?

DAMIAN. En el *San Juan con* CHURRUCA.

CAR. Mi paisano.

DAMIAN. Allí cayó  
el héroe bajo la lluvia  
de metralla que largaban  
seis navíos de alta mura.  
Allí cayó sable en mano  
gritando á toda la chusma:

«¡Fuego y clavad la bandera!  
San Juan no se rinde nunca!»

CAR. ¡Qué dolor!...

DAMIAN. Y en aquel día  
cayeron otras columnas...  
sobre el *Montañés*, *ALCEDO*,  
de Santander gloria pura:  
sobre el *Bahama*, *GALIANO*,  
honor de Cabra y su alcurnia;  
y el gran *general GRAVINA*  
sobre el *Príncipe de Asturias*.

MARIA. No recuerdes...

CAR. ¡Gran desastre!

DAMIAN. Allí acabó ¡oh desventura!  
la marina más gallarda  
que ha roto mares y brumas...

(Muy conmovido.)

No quiero pensar en ello  
porque la voz se me anuda...

(Se oculta el rostro con las manos.)

MARIA. ¿Lo ves?...

LUZ. ¡Padre!...

MARIA. (Bajo.) Déjale.

CAR. Sí.

MARIA. Respetemos su angustia.

(Óyese muy á lo lejos el toque de ánimas. Todos se incorporan y los hombres se descubren.)

DAMIAN. Las ánimas... *Pater noster*...

(Breve pausa, durante la cual rezan todos mentalmente, y á la conclusion dice Damian.)

Dios dé á sus almas ayuda  
y parte en la gloria.

TODOS. (Santiguándose.) Amen.

(Las mujeres dejan la labor y Luz enciende dos velas en el altar de la Virgen.)

MARIA. ¡Eh! vamos, basta de murría:  
no hablemos más de esas cosas,  
que el ánima apesadumbran,  
y que el señor licenciado  
Carranza nos cuente alguna  
de esas cosillas que él sabe  
para alegrar las tertulias.

- CAR. Ya es tarde y debo dejar  
á ustedes...
- LUZ. Qué!... si diluvia...
- MARIA. (Á Luz.) Mira si han cerrado arriba,  
no se forme otra laguna.  
(Se retira Luz por la puerta de la derecha.)
- CAR. Como veo á Lucecita  
que á iluminar se apresura...  
por si es hora del rosario,  
no es justo que yo interrumpa...
- DAMIAN. Aún no es hora.
- MARIA. Esas candelas  
conque á la Virgen alumbra,  
son por un voto.
- CAR. Hola! ¿un voto?  
huélgome de que lo cumpla.  
(Esa niña me cautiva...  
y aún está mi lengua muda!...)  
Y ¿fué por enfermedad...
- MARIA. Algo de eso...
- CAR. ¿Calenturas?  
¿fiebre amarilla?
- MARIA. Como hace  
unos meses que de Cuba  
llegó el señor licenciado,  
ignora cierta aventura  
que há tiempo ocurrió en mi casa  
y fué en Ayamonte pública.
- CAR. Entónces no habrá reparo  
en que á mí me la descubran...
- DAMIAN. ¿Qué ha de haber? ni á usted ni á nadie.  
Que la cuente mi Maruja,  
que cuenta mejor que yo.
- MARIA. Eso lo dirás por burla...
- DAMIAN. No!!
- CAR. Ya mi curiosidad  
con impaciencia la escucha.
- MARIA. Quien obedece y se humilla  
á Dios sirve; bajo el cuello  
y digo, aunque todo ello  
es cosa breve y sencilla.  
Habitábamos en Lepe:

Damian se hallaba en el mar:  
yo enferma y junto al hogar  
con mis hijos Luz y Pepe.  
De noche ya y confundidos  
en uno tres corazones,  
rezamos las oraciones  
y nos quedamos dormidos.  
Sí, dormidos como en camas  
de pluma los tres quedamos....  
pero á la vez despertamos  
envueltos en humo y llamas.  
¿Quién me salvó? no lo sé,  
porque el sentido perdí;  
pero ¡ay! al volver en mí  
sobre la plaza me hallé.  
Medio sofocado encuentro  
á mi hijo... ¿Y Luz? ¿qué le pasa?  
y gritaban... «¡En la casa!  
¡la infeliz aún está dentro!»  
Y la casa ardía! ardía!  
todo era gemir, gritar  
á mi lado... pero á entrar  
nadie en ella se atrevía.  
De repente apareció  
un jóven... ¡tan macilento!...  
era un marino: al momento  
armó un *flechaste* y subió,  
no sé si solo ó con quién;  
pero con cabos y lazos...  
puso á Luz salva en mis brazos...  
¡prémiele Dios tanto bien!  
De entónces, por gratitud  
nuestro altar iluminamos,  
y á la Virgen imploramos  
para que le dé salud.  
Hé aquí nuestro voto.

CAR.

Á fe

que ese marino inmortal...

DAMIAN.

Pues la historia no es cabal,  
mas yo la completaré.

Hombres como él pecos hay:  
no sólo es el salvador

de Luz, sino el bienhechor  
de todo este barangay.  
Al volver de Gibraltar,  
despues que me cangeé,  
busqué mi gente y la hallé  
sin ropa, hacienda ni hogar.  
Sin esperanza ninguna,  
me vuelvo á Dios y á Dios clamo...  
cuando él me dice:—«Nostramo,  
¿qué te hace falta?»—«Fortuna.»  
—«Toma la mia!»—«Eso no.»  
Pero insistió repitiendo...  
—«No ves que me estoy muriendo?  
¿para qué la quiero yo?»—  
¡Alma generosa y buena!  
Yo en aquel oscuro dia,  
sólo una barca pedía  
y él me equipó una docena.  
¡Al mar!... remé bien... no en vano,  
pues desde aquella ocasion  
echó Dios su bendicion  
á cuanto puse la mano.  
Y junté caudal, caudal  
que debo, con el bien mio,  
al capitan de navío  
don Félix de Carvajal.

CAR. ¿Carvajal? Pues justamente  
en la ciudad se susurra...  
¿No es sobrino del señor  
territorial de Sanlúcar?

DAMIAN. El mismo.

CAR. ¡Pobre don Félix!...

MARIA: ¿Ha muerto?...

CAR. No, pero, en suma,  
más le valiera...

DAMIAN. Pues ¿qué?...

CAR. Se da por cosa segura  
que dos meses há fué el tío  
á Lóndres, donde se educa  
ó educaba su pupila  
doña Clemencia de Acuña,  
y se ha casado con ella.

- DAMIAN. Dios bendiga la coyunda.  
CAR. Sí señor; pero es el caso  
que ella era la futura  
destinada á ese don Félix,  
que se ha quedado á la luna.
- MARIA. (Ay!... cuando mi Luz lo sepa...)  
DAMIAN. Pues la broma ha sido chusca.  
CAR. Y añaden que los esposos  
saliéron para Sanlúcar,  
dondé van á celebrar  
las ya consumadas nupcias.
- DAMIAN. Debe inquietarle muy poco  
á don Félix esa injuria.  
Mujer que le ha conocido  
y con otro hombre se ayunta,  
no merece más que el trato  
que se da á las que perjuran.
- MARIA. ¿Y qué le importa á don Félix  
esa mujer ni otra alguna,  
si está el pobre hace tres años  
casi viviendo en la tumba?
- CAR. No comprendo esa dolencia  
tan grave y que tanto dura...  
¿Será tisis?...
- MARIA. No sabemos...  
DAMIAN. Él quedó así de resultas  
de Trafalgar, donde tantos  
perdimos las coyunturas.  
Sobre el Real Trinidad  
recibió heridas profundas,  
y luégo en medio del pecho  
el golpazo de una cuña  
que se voló de un cañon.  
(Rumor de gente que habla y se aproxima.)
- MARIA. ¿Á ver... ¡Calla!  
DAMIAN. Se oye bulla...  
CAR. Y bulla que se aproxima.  
DAMIAN. (Incorporándose.)  
¿Quién arma esa barahunda?...

## ESCENA VI.

DICHOS, LUZ.

LUZ. Padre!... Madre!... Ahí está Pepe.  
DAMIAN. Mi Pepillo?  
MARIA. ¡Hijo de mi alma!  
(Desaparecen por el fondo.)

## ESCENA VII.

LUZ, CARRANZA.

LUZ. (¡Y viene solo!)  
CAR. (Y á solas  
conmigo... ¡Es mucha desgracia!  
La adoro y nunca me atrevo  
á decirle una palabra.)  
LUZ. (Encarándose con el cuadro de la Virgen.)  
Madre mia... ¿qué es de él?  
se habrá quedado en extraña  
tierra, enfermo, abandonado.)  
CAR. (Le diré al ménos...  
(Observando la actitud contemplativa de Luz.)  
Mas ¡calla!  
Está rezando á la Virgen...  
hace bien; le dará gracias  
por la vuelta de su hermano....  
¡si esta niña es una santa!  
Cuándo llegue á ser mi esposa  
va á ser una licenciada...  
Pero creo que ya vuelven...  
me declararé mañana )  
(Aparece Pepe dando un brazo á su padre, y echan-  
do el otro sobre los hombros de su madre.)

## ESCENA VIII.

DICHOS, DAMIAN, MARÍA, PEPE.

MARIA. Luz, ya está aquí...

- LUZ. ¡Pepe mio!
- PEPE. (Abrazandola.) ¡Mi Luz, mi querida hermana!
- CAR. Bien venido.
- PEPE. Servidor...
- MARIA. El Licenciado Carranza,  
que está curando á tu padre.
- DAMIAN. Y lo hace de perlas.
- PEPE. Nada  
hay para mí de más precio.  
Desde hoy su merced me manda  
como á su menor criado.
- MARIA. (Quitándole la capa.) Pero quítate la capa,  
que vienes hecho una sopa.
- PEPE. Eh!... madre, si no es más que agua.
- DAMIAN. Agua, sí; pero agua dulce,  
si al ménos fuera salada...
- MARIA. Ven á la lumbre.
- PEPE. Estoy bien.  
Entre tan buena compañía  
¿quién echa de ménos lumbre...
- CAR. Y ¿qué tal fué la jornada?
- PEPE. Mucho viento y mal camino;  
pero en fin, ya estoy en casa.
- LUZ. (No me atrevo á preguntarle...)
- PEPE. Traigo aquí unas zarandajas  
que en mis viajes he comprado.  
(Sacando de las faltriqueras.)  
Poco es... Unas arracadas  
para mi señora madre.
- MARIA. Hijo mio!
- PEPE. Y esta sarta  
de corales para Luz.
- LUZ. ¡Linda gargantilla!
- PEPE. Y para  
mi señor padre esta pipa  
de lo mejor de Alemania.
- DAMIAN. Pues mira, te la agradezco;  
me viene como pedrada  
en ojo de boticario.  
Al punto voy á estrenarla.
- MARIA. ¿Conque don Félix...
- LUZ. (¡Ay Dios!)

- PEPE. Ese ni sube ni baja.  
LUZ. Le has dejado en Portugal?  
PEPE. Mujer! si allí se quedára,  
estaría yo á tu lado?  
Ahí queda en la comandancia  
de Marina hablando al jefe...  
que aunque tiene ilimitada  
la licencia, él siempre cumple  
con exceso la ordenanza.  
MARIA. ¿Y de salud..  
PEPE. Apurado:  
haciendo el cuarto de guardia  
en el umbral de la muerte,  
como él dice, con su calma  
y su tranquila sonrisa...  
CAR. Pues es cosa que me pasma:  
no entiendo el estado grave  
en dolencia que es tan larga.  
PEPE. Yo no sé... pero es lo cierto  
que hemos consultado en Francia,  
Austria y Prusia, los doctores  
que tienen allí más fama,  
y todos le han desahuciado  
aunque con medias palabras...  
pero á mí todos me han dicho  
en secreto y confianza  
que no hará los huesos viejos,  
que es cosa desesperada.  
LUZ. (Me desgarrá el corazon.)  
DAMIAN. ¡Voto á los diablos... ¡qué lástima!  
CAR. Y sin embargo, recorre  
en viaje grandes distancias,  
y soporta la intemperie,  
y escala muros y saca  
al ángel que nos escucha  
ilesa de entre las llamas,  
y sigue corriendo el mundo  
y no se postra ni aplana...  
repito que no lo entiendo.  
DAMIAN. Su merced tiene sobrada  
razon si á nuestro don Félix  
con otros hombres compara.

Pero tenga por seguro  
que aquí de un hombre se trata  
que no se parece á nadie,  
sobre todo en cuanto al alma.

PEPE. Y luégo que, como él dice,  
si ya la suerte está echada,  
si conmigo va la muerte,  
¿de qué me sirve evitarla?  
Y por eso á los peligros  
tranquilamente se lanza,  
como quien se cuida poco  
de morir hoy ó mañana.

CAR. Ardo en deseos de verle  
y de estudiar á mis anchas  
esa luz que está há tres años  
si se apaga ó no se apaga.

PEPE. Ya le verá su merced.

DAMIAN. Si Dios quisiera y las ánimas  
que se hallára algun remedio...

CAR. Quién sabe... hay cosas tan raras...

DAMIAN. Y ¿cómo dejas la tierra  
por ahí arriba...

PEPE. Hecha un ascua:

con la entrada del francés  
está la gente que brama.  
Hay mucha reventazon  
y de Ortegá hasta Gata  
no hay boca que no murmure:  
«¡á las armas! á las armas!!»

MARIA. ¿Y habrá otra guerra...

LUZ. ¡Oh, Dios mio!

DAMIAN. De juro, ¿cómo evitarla?  
se meten por nuestra tierra  
como Pedro por su casa,  
y tendremos que enseñarles  
cómo asamos las castañas.

MARIA. ¡Eh!... no hay que pensar ahora...

LUZ. Ya querrá Dios que se vayan.

DAMIAN. Viejo soy y un hijo tengo;  
mas si la patria nos llama,  
iremos y dejaré  
mis almacenes, mis barcas,

y á tí, y á Luz, y cuanto amo,  
por dar que sentir á Francia.  
¡La rota de Trafalgar  
aún la tengo aquí clavada!

PEPE. Y yo, padre.

DAMIAN. ¡Bien, Pepillo;  
no reniegas de la casta...  
(Óyese á lo lejos un cañonazo.)

LUZ. ¡Ah!

MARIA. ¡Qué es eso?

CAR. Un cañonazo...

DAMIAN. Y en el mar...

## ESCENA IX.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Mi amo!

DAMIAN. Qué pasa?

GAMBOA. La fragatiya que le ije  
está bregando en la barra  
medio esarbolá y metiendo  
los penoles bajo el agua.

DAMIAN. Ah!... sí, la inglesa. (Friamente.)

GAMBOA. Un muchacho

d'abordo com'una rana,  
s'ha venío á tierra y dise  
q'abordo hay gente d'España.

DAMIAN. (Con interés.) ¡Trae pasaje de españoles?...  
(Suená otro cañonazo.)

GAMBOA. Otro!

MARIA. ¡Y socorro demandan!...

DAMIAN. (Con energía.) ¡Arriba toda la gente!  
Bota el «*Don Félix*,» y embarca  
un ancla de caridad  
con las mejores amarras.  
Á la leva!... que allá voy...  
(Se retira Gamboa.)

MARIA. Bien, pero tú no te embarcas...

LUZ. Padre!...

DAMIAN. No, les daré ánimo  
desde abajo. (Apoyándose en el brazo de su hijo.)

Pepe, en marcha...  
Venga el señor licenciado,  
que puede ser que haga falta.

CAR. Volando.

DAMIAN. Rezad vosotras  
para que no haya desgracias.

## ESCENA X.

MARÍA, LUZ.

MARIA. Enciende, hija mia, enciende.  
(Luz enciende todas las velas del altar.)  
y pidamos prosternadas  
á la Santísima Virgen  
que salve esas pobres almas.

LUZ. Bien me daba el corazon  
que tendríamos borrasca...

MARIA. Y qué borrasca, ¡Dios mio!  
no recuerdo otra más brava...

LUZ. Ya está encendido.

MARIA. Recemos.

(Se arrodillan: mientras oran mentalmente, óyese el  
eco de los truenos y el zumbido del viento.)

Oiga Dios nuestras plegarias. (Se incorporan.)

LUZ. ¡Qué inquieta estoy, madre mia!

MARIA. Yo tambien; me tiene en brasas  
tu padre...

LUZ. Nos ofreció  
que se estaría en la playa...

MARIA. Sí ofreció; pero tu padre  
ya sabes cómo las gasta:  
en ocasiones como esta  
por todo atropella y salta,  
y sus dolores olvida  
y no hace caso de nada.

Si alcanzáramos á ver  
algo desde esa ventana...

(La abren y se ve un relámpago.)

LUZ. Jesús, María...

MARIA. ¿La has visto?...

LUZ. ¿El qué, madre?



- CAR. Los señores de Sanlúcar  
son tambien de la comparsa...
- LUZ. Cómo! ¿el tio de don Félix?...
- CAR. El mismo que viste y calza.
- MARIA. Y su esposa?
- CAR. No la he visto:  
la confusion allí es tanta...  
pero él ya ha tocado á tierra  
y hácia aquí se encaminaba  
con el señor Damian.
- LUZ. (Corriendo hácia el foro.) ¡Padre?...
- MARIA. (Avivando la lumbre.)  
¿Tal señor en nuestra casa?
- CAR. Voy á ver si por afuera  
mi presencia es necesaria. (Váse.)

## ESCENA XII.

MARIA, LUZ, DAMIAN y D. RODRIGO, apoyado en dos mari-  
neros, que lo llevan hasta el sillón, en el que se sienta.

- DAMIAN. Su señoría, en verdad,  
hallará en esta mora la  
asistencia, gente honrada,  
cama y buena voluntad.
- ROD. Pagaré bien la asistencia.
- DAMIAN. Su señoría se cuida...  
que el pago nadie le pide.
- ROD. Pero adónde está Clemencia?  
¡Mi esposa!... ¿no la han traído?
- MARIA. No la hemos visto...
- ROD. Creía  
que ella aquí me precedía:  
¡qué horror!... ¡si la habré perdido...
- DAMIAN. (Á los marineros, que se retiran precipitadamente.)  
Á buscarla.
- ROD. (Queriendo incorporarse.) ¡Yo no puedo!...  
¡Al que le salve la vida  
le daré cuanto me pida!
- DAMIAN. Su señoría esté quedo  
y no dé en querer pagar...  
que esos que van á buscarla

de balde sabrán sacarla  
de lo profundo del mar.

MARIA. Oigo pasos...

DAMIAN. Id las dos.

ROD. La impaciencia me devora...

MARIA y LUZ. ¡Pepe!!

(Aparece Clemencia con el cabello suelto sostenida  
por Carranza y Pepe.)

### ESCENA XIII.

MARÍA, LUZ, CLEMENCIA, DAMIAN, RODRIGO, CARRANZA y  
PEPE.

PEPE. ¡Aquí está la señora!

CLEM. (Acercándose á Rodrigo.)

Salvados!

ROD. (Abrazándola.) ¡Gracias á Dios!

(Los interlocutores se colocarán en el orden siguien-  
te. Rodrigo y Clemencia cerca del hogar: en el lado  
opuesto Carranza y Pepe; Damian y María en el  
centro cerca del foro, y Luz al lado del altar.)

¿Quién te ha salvado?

CLEM. No sé.

Un golpe de mar barrió  
la cubierta, y me llevó;  
pero una mano encontré  
de tanto vigor, que asombra;  
á flote me ha mantenido  
y puesto en tierra.

ROD. ¿Y ha sido...

CLEM. No sé, la perdí en la sombra.

ROD. (Á Pepe.) ¿La has salvado tú?

PEPE. No á fe:

no fuí tan afortunado;  
es otro el que la ha salvado.

ROD. ¿Y sabes quién es?

PEPE. Sí sé.

ROD. Si verle feliz deseas  
dí quién...

PEPE. (Viendo salir á D. Félix por el fondo envuelto en  
un capoton de marinero.)

¡Ese buen marino!

## ESCENA XIV.

DICHOS, D. FÉLIX.

FELIX. Buenas noches.

ROD. ¡Mi sobrino!

CLEM. Félix!...

DAMIAN y MARIA. (Abrazándolo.) Ah!!

LUZ. (Cayendo de rodillas y tendiendo los brazos á la Virgen.)

¡Bendita seas!!

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA, DAMIAN.

DAMIAN. Mujer, ¿sabes lo que digo?

MARIA. Ya lo dirás.

DAMIAN. Que deseo  
que ese señor de Sanlúcar  
se largue con viento fresco.

MARIA. Pues mira, Damian, tambien  
soy del mismo pensamiento.  
No he visto nunca un señor  
más ariscote y más hueco.

DAMIAN. Ya se ve, es un noble, un título...  
nosotros unos podencos,  
que hasta haciéndole merced  
parece que le ofendemos.  
Sin duda nos ha tomado  
por truhanes ó posaderos...

MARIA. Cumplamos nuestro deber,  
y lo demas, chico pleito.  
Ya pronto nos dejarán,  
porque se van reponiendo  
de los sustos del naufragio...  
y buscarán mejor puerto.

Por otra parte es el tío  
de don Félix.

DAMIAN. Pues por eso  
me aguanto y no le soltado  
las verdades del barquero.  
Despues de todo, María,  
su estancia aquí me da miedo.

MARIA. Miedo... ¡á tí!...

DAMIAN. Yo cazo largo...

MARIA. ¿Pues de él qué temer podemos?

DAMIAN. De él nada, pero por él  
puede temerse.

MARIA. No entiendo...

DAMIAN. Hay desde la madrugada  
en la ciudad movimiento.  
Malas nuevas: se ha formado  
una Junta de Gobierno,  
para ver si echamos pronto  
al francés de nuestro suelo.  
Y como ese gran señor,  
segun se dice en secreto,  
es un poco *afrancesado*...

MARIA. Afrancesado!...

DAMIAN. Me temo  
que quieran darle un buen susto:  
conozco bien á mi pueblo.

MARIA. Pero ¿sabe eso don Félix?

DAMIAN. No sé.

MARIA. ¿Le consultaremos...

DAMIAN. No me opongo á la consulta.

(Aparece Gamboa en la puerta del fondo con un  
papel en la mano.)

## ESCENA II.

MARÍA, DAMIAN, GAMBOA.

GAMBOA. ¿Mostramo?...

DAMIAN. Gamboa, adentro.

GAMBOA. Esta boleta ma dao  
pa zu mercé un cabayero  
arguací de la sudiá.

- MARIA. ¡Un alguacil?...
- DAMIAN. ¡Y qué es ello?  
(Recorre el papel con la vista.)  
Es que me llama la Junta.  
Dame la capa, el sombrero.
- MARIA. (Entrando por la puerta izquierda.)  
(¿Qué le querrá?)
- DAMIAN. ¡Qué hay por ahí?
- GAMBOA. Una miajiya é jaleo.  
Entran postas, zalen postas,  
dan armas á los zolteros,  
á los casaos, á los viudos,  
y se apaña un regimiento...  
pus paese que los gavachos  
s'arriman á Espeñaperros.  
(Ha salido María con la capa y sombrero.)
- DAMIAN. (Reprimiendo la cólera.)  
¡Dame la capa!
- MARIA. Pero oye...
- DAMIAN. Anda, Gamboa.—Hasta luégo:

### ESCENA III.

MARÍA, despues CARRANZA.

- MARIA. ¿Qué le habrá dicho Gamboa  
que de tal humor le ha puesto?  
La Junta llama á Damian...  
¿Y á qué es ese llamamiento?
- CAR. (Desde el foro, como hablando con Damiau.)  
Señor Damian, está bien,  
en la Junta nos veremos. (Baja á la escena.)
- MARIA. Pero señor licenciado,  
¿qué sucede?
- CAR. Que anda suelto  
el diablo por Ayamonte,  
por más allá, y...
- MARIA. ¿Pero es cierto  
que bajan á Andalucía  
los franceses?
- CAR. ¿No ha de serlo  
si están ya en la Carolina?
- MARIA. ¿Verdad?

- CAR. Como el Evangelio.  
MARIA. Jesús!... ¡qué picaronazos!  
y de echarlos no habrá medio?  
CAR. De eso, señora María,  
se trata en este momento;  
se está armando mucha gente  
y allá vamos á su encuentro.  
MARIA. ¿Tambien su merced?  
CAR. Tambien.  
¿No ve usted que pertenezco  
á sanidad militar?  
Ni es cosa de hurtar el cuerpo...  
MARIA. Eso no!... y si hicieran falta  
mujeres, tambien iremos.  
¿Habrán llamado á Damian  
para que vaya al ejército?  
CAR. No es de creer. Salen al campo  
todos ménos los enfermos.  
El señor Damian es hombre  
de carácter muy enérgico;  
le respetan los marinos  
desde Ayamonte al Estrecho,  
y sin duda querrán darle  
algun cargo en el concejo.  
MARIA. Mi Damian sabrá cumplir...  
CAR. ¿No ha de cumplir? por supuesto.  
(¿Y me iré sin declarar  
mi atrevido pensamiento?  
Me descubriré á la madre.)  
Y ya que á solas nos vemos,  
quisiera que usted tomára  
bajo su amparo materno  
durante mi ausencia...  
MARIA. ¿Qué?

#### ESCENA IV.

DICHOS, LUZ.

- LUZ. ¿Madre?  
CAR. (¡Me ha cortado el vuelo!)  
LUZ. (Á Carranza.) Muy buenos dias.

CAR.

¡Oh, Luz!...

ante esa luz quedo ciego...

(Luz habla bajo á María.)

y mudo... En tanto que hablan

voy á cumplir como médico

con estos señores náufragos.

(Desapareciendo por la puerta derecha.)

(¡Qué tino!... qué tino tengo!)

## ESCENA V.

MARÍA, LUZ.

MARIA.

¿Su maleta de campaña?

Cómo! ¿él también hace aprestos?

LUZ.

¿Si irá á emprender otro viaje?

MARIA.

No lo sé; pero sospecho...

LUZ.

¿Qué, madre?

MARIA.

¿Ha vuelto tu hermano?

LUZ.

Salió temprano y no ha vuelto.

MARIA.

Él nos pudiera decir

de don Félix el intento...

porque todo es de esperar

de estos hombres tan tremendos,

el uno por lo fogoso

y el otro por lo sereno.

Voy á ver si está Gamboa;

tal vez por él columbremos...

Pon flores en el altar;

que preparen el almuerzo.

Estos franchutes del diablo

nos han armado un infierno...

(Desaparece por el fondo.)

## ESCENA VI.

LUZ.

¡Qué trajin!... pero ¿qué pasa?

cuchicheos al oído...

entran, salen, mucho ruido,

y está revuelta la casa.

De franceses há unos meses  
que oigo hablar, sin comprender  
lo que tengamos que ver  
nosotros con los franceses.

Los soldados, los señores...  
bien, que domen esos potros;  
pero nosotros... nosotros  
somos más que pescadores?

(Mirando por la ventana.)

¡Oh!... cuánta gente en la playa...

¿qué es lo que habrá sucedido?

¡Dios de bondad! ¡sólo os pido  
que don Félix no se vaya!

(Sale D. Félix, puerta izquierda, con uniforme de  
capitan de navío.)

## ESCENA VII.

LUZ, FÉLIX.

FELIX. ¿Que no me vaya?

LUZ. (Ah! me oyó.)

FELIX. Bajas la frente y me acoges  
muda... Bah! no te sonrojes  
por pensar en alto, no.  
Siempre así, yo te conjuro  
y no te cause fatigas,  
pues cuanto pienses y digas  
será delicado, puro.  
Mirame sin vacilar...

LUZ. ¿ó no me quieres ya ver?  
Bien quisiera responder,  
pero no sé contestar.  
Á mis pensamientos llamo  
y se me agolpan aquí:  
¡oh, Dios! respondan por mí  
las lágrimas que derramo.

FELIX. Y en esa contestacion  
revelas bien la elocuencia  
que te inspira la inocencia  
que mora en tu corazon.  
No más el mio taladre

tu llanto puro, sincero,  
y escúchame, Luz; te quiero  
como te quiere tu padre.  
Sí, como puede quererte,  
Luz, que llevo aquí encendida,  
el que contempla la vida  
desde el umbral de la muerte.  
Con mi destino conforme...

LUZ. Pues si tan enfermo está  
¿por qué á la guerra se va?

FELIX. ¿Quién te ha dicho?

LUZ. Ese uniforme.

FELIX. ¿Y eso te angustia y desola?  
este uniforme es el mio;  
soy capitan de navío  
de la marina española;  
soy noble, soy militar:  
entre conflictos y alarmas  
la nacion llama á las armas  
y me debo presentar.

LUZ. Ya sé que es hombre de honor  
y de muy clara nobleza;  
pero ese deber no reza  
con los enfermos, señor.

FELIX. Cuando en peligro se ve  
este suelo tan querido,  
reza con todo nacido  
que pueda tenerse en pie.

LUZ. ¡Ay de mí!

FELIX. ¿Quieres, Luz mia,  
que por quedarme en tu hogar,  
á un hombre de Trafalgar  
se tache de cobardía?

LUZ. ¿Y quién osaría, quién...  
no!... más quisiera primero...  
¡ay!... yo no sé lo que quiero;  
sólo sé que quiero bien.

FELIX. No exasperes tu dolor:  
la vida es un corto viaje,  
y despues de este pasaje  
nos espera otro mejor.  
Allí, allí en estrecho lazo

nuestro ser por siempre unido...

Adios: aún no me despido;

pero ¿me das un abrazo?

LUZ. ¡Mil! (Abrazados.)

FELIX. ¡Ah, Luz! Luz celestial;

así los cielos te den...

CLEM. (Desde la puerta de la derecha.)

¡Bien, caballero!...

LUZ. (Dando un grito y escapando por la puerta de la izquierda.)

¡Ah!

### ESCENA VIII.

CLEMENCIA, FÉLIX.

CLEM. Muy bien.

FELIX. Sí; no me parece mal.

CLEM. Aunque enfermo, te despachas,

Félix, con primores tales,

que nadie creerá en tus males

al verte abrazar muchachas.

FELIX. Abrazos inofensivos.

CLEM. ¿Quién lo duda? sí por cierto.

FELIX. Son los abrazos de un muerto.

CLEM. Que abraza como los vivos.

Despejado el horizonte

logro, el por qué descubrir

te agrada tanto vivir

en tu nido de Ayamonte.

El parabien más sincero

te doy.

FELIX. Mil gracias, señora.

CLEM. La niña, aunque pescadora,

es bella como un lucero.

Bien merece el homenaje

de un alma tierna, abrasada.

Y es esta la casa honrada

que nos ha dado hospedaje?

FELIX. Esta casa es vivo ejemplo

de virtudes de alta prez,

y en materia de honradez

- es más que casa, es un templo.  
CLEM. Templo en el que con fe ardiente  
se elevan amantes votos:  
templo en el que los devotos  
se abrazan... devotamente.
- FELIX. No combato su ironía...  
lo que vale esta vivienda  
no es fácil que lo comprenda  
jamás mi señora tia.
- CLEM. ¡Jesús! ¿te vas á enfadar...  
FELIX. ¡Señora!... no hay tal enfado.  
CLEM. Si hasta tia me has llamado.  
FELIX. Así la debo llamar.  
Su esposo en el primer dia,  
me dijo con voz sonora...  
«És tu tia, es la señora  
de Sanlúcar...» Conque... tia.
- CLEM. ¿Y desde hoy mi autoridad  
acatas?
- FELIX. Es mi deber.  
CLEM. ¡Cuánto amas á esa mujer!  
FELIX. Mucho la quiero, es verdad.  
Pura, llena de candor,  
esa niña encantadora,  
amante, suspira y llora  
sin saber lo que es amor.  
Luz, es luz que al bien me guía:  
por ella anhelo vivir;  
ella no sabe mentir,  
ignora lo que es falsía.  
De la ambicion no se cura,  
que el vil interés desprecia:  
no es presumida, no es necia,  
ni veleta, ni perjura.  
Y yo que logro admirar  
las virtudes que atesora,  
la amo en extremo, señora...  
mas... como yo debo amar.
- CLEM. ¡Cuánta amorosa vigilia  
por tu pescadora bella!  
¡oh! y si te casas con ella...  
¡qué honor para la familia!

FELIX. Si no es honor, si es fortuna,  
de eso no debo cuidarme;  
pues sé que no he de casarme  
con ella ni con ninguna.

CLEM. ¿Luego tu pasión la infama?

FELIX. ¡Cómo, señora?

CLEM. Á mi ver,  
si no ha de ser tu mujer,  
tendrá que ser...

FELIX. ¿Qué?

CLEM. Tu dama.

FELIX. Quien piense con tal ruindad,  
quien su limpio honor desdore,  
será, tía, porque ignore  
lo que es honor y lealtad.  
Á casarme no me avengo  
sin ofrecer á mi esposa  
vida... que hoy es muy dudosa  
en mí, y salud... que hoy no tengo...

CLEM. Pues si eso te decidió  
á esquivar el yugo santo,  
¿por qué te ha indignado tanto  
que me haya casado yo?

FELIX. Á mí indignarme?... no tal:  
casándose... de repente,  
ha obrado muy cuerdamente...  
lo encuentro muy natural.  
Mi tío, noble varón,  
de edad... mas de gran riqueza:  
yo... de la misma nobleza,  
pero enfermo y segundón:  
él conde y duque presunto,  
instando allí de presente:  
yo... por largo tiempo ausente,  
herido y medio difunto.  
¿Quién vacila?... no, jamás:  
y que el novio al fin se muera  
y se quede una soltera...  
¡bah!... ¡pues no faltaba más!  
De su conveniencia en pos  
inclinando el fácil cuello,  
se casó usted... y por ello

- le doy mil gracias á Dios!
- CLEM. ¿Conque lo das por bien hecho...
- FELIX. Sí, tia; y que muy felices disfruten...
- CLEM. ¿Y eso que dices, no lo dices por despecho?
- FELIX. No, tia; y usted verá si es sincera mi alegría; pues tia...
- CLEM. Con tanta tia me tienes hastiada ya.
- FELIX. Si lo es dé hecho y de derecho...
- CLEM. Bien, bien; dejémoslo así; yo te haré saltar de aquí...

## ESCENA IX

DICHOS, CARRANZA.

- CAR. Don Rodrigo dejó el lecho y pregunta por usía.
- CLEM. (Mal reprimo mi furor...) Adios, señor pescador.
- FELIX. Adios, mi señora tia.

## ESCENA X.

FÉLIX, CARRANZA

- CAR. ¿Don Félix ya levantado y de uniforme...
- FELIX. Sí, amigo.
- CAR. ¿Qué tal respiramos hoy?
- FELIX. Como hace tiempo, lo mismo: á veces bien, otras mal; por lo tanto no me cuido.
- CAR. Pues es menester cuidarse: há dias que solicito me deje reconocerle, mas no se muestra propicio...
- FELIX. Gracias, señor licenciado, me doy por reconocido:

ya vendrán mejores dias,  
pues hoy, por lo que colijo,  
urge más reconocer  
el campo del enemigo.

CAR. Allá iremos...

FELIX. Sí, allá vamos.

CAR. ¡Tambien usted!...

FELIX. Ya estoy listo.

CAR. ¡Cómo! ¿usted sale á campaña?  
¡un enfermo de peligro!

FELIX. Tambien la patria lo está,  
y es ántes que el individuo.  
Voy mandando el batallon.

CAR. ¡El batallon... Jesucristo!  
Mi jefe... (Cuadrándose.)

FELIX. Baje la mano.

CAR. Pero señor... ¿en tan crítico  
estado tomar las armas?  
eso es igual á un suicidio.

FELIX. ¿Y yo qué pierdo en perderme  
si há tiempo que estoy perdido?  
El que me dispare á mí,  
creerá disparar á un vivo,  
y en tanto podrá salvarse  
otro que tenga más bríos.

CAR. Lo creo; pues ya se dijo  
no sé cuándo, ni por quién,  
que en los ejercicios hípicas,  
el soldado de á caballo  
suele caer de improviso:  
el infante pocas veces,  
pero jamás el marino.

FELIX. Vaya usted á prepararse...

CAR. Pues qué, ¿tan pronto salimos?

FELIX. Dentro de breves minutos  
nos pondremos en camino.

CAR. Todo lo tengo dispuesto:  
dos bagajes necesito  
para el botiquin.

FELIX. Los dos  
los encontrará en su sitio.

CAR. (Y voy á partir... ¡sin verla!)

Aquí sale don Rodrigo.  
FELIX. Pues licenciado, hasta luégo.  
CAR. (Volveré si hallo un resquicio.)

## ESCENA XI.

RODRIGO, FÉLIX.

FELIX. Muy buenos días, señor.  
ROD. Muy buenos, señor sobrino.  
Celebro mucho encontrarle,  
porque há un instante he sabido  
cosas que ya presumía...  
que por vergüenza no digo.  
FELIX. Yo, señor, no las presumo,  
pues no gusto de acertijos;  
pero usted me las dirá  
si viene en ello.  
ROD. Repito  
que no he de manchar mis labios  
haciendo el relato indigno  
de culpables devaneos  
que ultrajan nuestro apellido.  
FELIX. ¿Y quién es el temerario  
que tan horrendo delito...  
ROD. Don Félix de Carvajal.  
FELIX. Señor, quien haya eso dicho,  
de su bondad abusando,  
sencillamente ha mentido.  
ROD. No miente la noble boca  
que me ha revelado...  
FELIX. Tío,  
la boca, noble ó plebeya,  
por su natural instinto,  
dice contadas verdades  
y mentiras sin guarismo.  
Esto hemos averiguado...  
ROD. Y yo, Félix, averiguo  
que me faltas al respeto  
y no puedo consentirlo.  
FELIX. No ha sido tal mi intencion,  
qué en usted acato y miro

- al hermano de mi padre,  
y segundo padre mio.
- ROD. Está bien; y siendo así,  
voy, en virtud de esos títulos,  
á darte órdenes que espero  
obedecerás sumiso.  
Quiero dejar esta casa  
y trasladarme á otro asilo  
donde respire un ambiente  
más puro que el que respiro.  
En cuanto á tí, como jefe  
de la familia, te intimo  
que cambies de alojamiento;  
nada aquí se te ha perdido,  
y puedes vivir mejor  
en tus tierras del Ronquillo.  
Y esto ha de ser hoy, ¿lo entiendes?
- FELIX. Será usted obedecido.  
Sin conocer su deseo  
iba á pedirle permiso  
para salir de Ayamonte  
al punto.
- ROD. Pues concedido.
- FELIX. Dios guarde...
- ROD. ¿Y adónde vas?
- FELIX. Á donde quiera el capricho  
de las armas.
- ROD. ¡Á la guerra!
- FELIX. La patria llama á sus hijos,  
y yo siempre á sus clamores  
he prestado atento oido.
- ROD. La patria no llama á nadie  
ni há menester del auxilio  
de la indocta muchedumbre,  
que con sus fieros y ahullidos  
en vez de regenerarla  
podrá hundirla en el abismo.
- FELIX. Tal vez... pero hoy sólo sé  
que un importuno vecino  
se nos ha entrado en la viña,  
y me parece legítimo  
vendimiarlo ántes que él logre

- ROD. vendimiarnos los racimos.  
Estéril baladronada:  
sueños de gente sin juicio,  
sin recursos, casi inerme,  
que por un vano puntillo  
intenta comprometer  
del Estado los destinos.
- FELIX. Quieren-salvar el honor  
de este suelo nobilísimo.
- ROD. ¿Y con qué?
- FELIX. Con nuestros pechos.
- ROD. Palabras!
- FELIX. Hechos.
- ROD. De niños.
- FELIX. Que pudieran ser gigantes.
- ROD. Como los de *los Molinos*.
- FELIX. Ó como los de *Lepanto*.
- ROD. Acabemos.
- FELIX. Por concluido.
- ROD. ¿No estás con licencia?
- FELIX. Cierto.
- ROD. Ilimitada?
- FELIX. Exactísimo.
- ROD. Pues entónces ¿quién te obliga?
- FELIX. Á mí nadie; yo me obligo.
- ROD. Y ¿qué has de hacer?
- FELIX. Lo que pueda.
- ROD. Enfermo estás.
- FELIX. Pero aún vivo.
- ROD. En fin, no quiero que aceptes  
un inútil sacrificio.
- FELIX. Señor... eso es imposible.
- ROD. ¡Lo mando! ¡te lo prohíbo!
- FELIX. Sé que le debo obediencia,  
y para mí siempre han sido  
sus preceptos como leyes,  
pero hoy el caso es distinto:  
hoy, señor, nos encontramos  
en un general conflicto:  
hoy el rey, la patria, Dios,  
reclaman nuestros servicios,  
y Dios, la patria y el rey...

son primero que los tios.

(Saluda respetuosamente y se retira por el foro.)

## ESCENA XII.

D. RODRÍGO.

¡Desobediencia como ella!  
¡proceder más inaudito!  
Se me declara rebelde,  
contraría mis designios...  
Pues yo haré que se arrepienta  
de su error!—¡El presumido!  
pensar que va á detener  
la gran corriente del siglo...  
presentarse en campo abierto  
y verter la sangre á rios  
por lo que tal vez mañana  
les dé el premio en un suplicio.  
Imbécil!... Quiero salir,  
alejarme de estos sitios  
y volver pronto á mis tierras,  
que en viéndome entre los míos...  
¿Mas no hay nadie en esta casa?  
¿Será cosa de dar gritos...  
Me parece que alguien llega.  
Sí, por allí siento ruido.

(Aparecen por el fondo Damian y María, ésta llorando.)

## ESCENA XIII.

DAMIAN, MARÍA, RODRIGO.

DAMIAN. María, no llores más.

MARIA. ¿No quieres, Damian, que llore?  
¿no he de sentir que nuestro hijo  
vaya á la guerra tan joven?

DAMIAN. Yo no me opongo á que sientas;  
mas no quiero que solloces.  
Hoy no es dia de llorar,  
sino de batir el cobre

y de animar á la gente  
para que empuje y no afloje.

MARIA. Bueno, yo haré lo que pueda.

DAMIAN. Toma las llaves del cofre  
y saca algunos dineros  
para el muchacho.

MARIA. (Acercándose puerta izquierda.) Bien.

DAMIAN.

Corre.

## ESENA XIV.

DAMIAN, RODRIGO.

ROD. No me hace caso... ¡Patron!

DAMIAN. (Descubriéndose.)

Su señoría perdone  
si no había reparado...  
porque llevo hoy á remolque  
tantos asuntos, que tengo  
esta cabeza á las once.

ROD. Por lo mismo me propongo  
librarle del peso enorme  
de nuestra presencia, y quiero  
partir. Que busquen un coche.

DAMIAN. Usía quiere partir...

ROD. Quisiera hacerlo al galope  
y llegar pronto á Sevilla.

DAMIAN. Pues mala ocasion escoge.  
La tierra está muy revuelta,  
y, aparte de otras razones,  
se dice que en los caminos  
abundan los malhechores.

ROD. Nada temo. En el Condado  
de Niebla acatan mi nombre,  
y ni uno habrá, ni uno solo  
que mi libre paso estorbe.

DAMIAN. Dicho sea con respeto,  
me temo que se equivoque.

ROD. Yo sé muy bien lo que digo  
y no admito observaciones.

DAMIAN. Por su bien le aconsejaba.

ROD. Pues los consejos acorte:

no piden los caballeros  
consejo á los pescadores.

DAMIAN. Pues cuando se ven perdidos  
allá en borrascosa noche,  
bien piden los caballeros,  
y con lastimeras voces,  
que los saque el pescador  
de entre las ondas salobres.

ROD. Es propia accion de villanos  
echar en cara favores,  
que valen... cuando se callan..

DAMIAN. Me fuerza á que los pregone  
la injusticia con que usía  
me trata y los desconoce.

ROD. Altivo es el pescador.

DAMIAN. Tanto... como ingrato el noble.

ROD. Yo sabré pagar con oro,  
para que así no me apode,  
servicios que hace cualquiera  
sin darles tanto rimbombe.

DAMIAN. Su señoría se guarde  
sus relucientes doblones,  
que en esta casa de humildes  
y villanos pescadores,  
la caridad que se ejerce  
no ha nacido quien la compre.

ROD. Bien, eso quiere decir  
que anhela que el premio doble.

DAMIAN. Esto quiere decir sólo  
que es usía un rico... pobre.

ROD. Repórtese el pescador.

DAMIAN. Pues que el noble se reporte.

ROD. Yo procedo como debo.

DAMIAN. Y yo cual me corresponde.

ROD. Yo no puedo consentir  
que un plebeyo me sonroje.

DAMIAN. Ni yo me dejo tampoco  
humillar por ningun hombre.

ROD. Yo gozo de privilegios  
que heredé de mis mayores.

DAMIAN. Yo tambien tengo los mios  
ganados entre cañones.

- ROD. Yo ejerzo jurisdicción.
- DAMIAN. Yo también, aunque se asombre.
- ROD. ¡Soy el señor de Sanlúcar!
- DAMIAN. ¡Yo el alcalde de Ayamonte!  
Y para que el caballero  
al plebeyo no reproche,  
quiero que un hecho conozca,  
hecho que pocos conocen.  
(Toma del altar el pedazo de bandera.)  
Este pabellón que el fuego  
inglés convirtió en girones  
el día de Trafalgar,  
estuvo izado en el tope  
del *San Juan Nepomuceno*,  
de eterno sin par renombre.  
Muerto ya su comandante,  
el héroe entre héroes, DON COSME;  
desarbolado el navío;  
desmontadas las mejores  
piezas de las baterías,  
y contándose á montones  
los muertos y los heridos  
en aquel glorioso choque,  
iba ya á ser nuestro barco  
presa de los vencedores.  
Entonces, gran caballero,  
este plebeyo, de un golpe  
arrancó lo que quedaba  
de la bandera, y hundióse  
en las irritadas olas,  
que eran muy bravas entonces.  
Quiso Dios que me salvára  
manteniéndome allí á flote,  
y logré salvar conmigo  
el amor de mis amores:  
¡la bandera de mi barco  
desgarrada por el bronce!  
estrella del buen marino,  
del soldado hermoso norte.  
¿Cuenta usía entre los suyos  
cual éste muchos blasones?
- ROD. Yo cuento los que me bastan

para sentarme entre próceres  
y para no envidiar timbres  
al mayor grande del orbe.  
Pero demos ya de mano  
á pueriles digresiones,  
y cada cual tal cual es  
en su lugar se coloque.

DAMIAN. Si desde el principio usára  
de palabras tan acordes,  
mi boca no hubiera dicho  
tus ni mus, ni hôte ni moste.

ROD. Yo á nadie maltrato; pero  
no gusto de que me enojen.

DAMIAN. Digo lo mismo; á ninguno  
le gusta que le incomoden.

ROD. Es que el bueno del marino  
se ciega y se descompone.

DAMIAN. Es que tambien es usía  
algo tieso de cogote.

ROD. Yo procedo siempre así.

DAMIAN. Yo baiño al son que me toquen.

ROD. ¿Se vuelve á descomponer?

DAMIAN. ¿Vuelve usía al tole tole?

ROD. Yo no ofendo.

DAMIAN. Yo tampoco.

ROD. Pues no grite.

DAMIAN. No provoque.

ROD. (Este hombre no puede ser  
como dicen un arlote.)  
En fin, deseo marchar;  
á ver lo que se dispone  
para que al mediar el dia  
mis propósitos se logren.

DAMIAN. En otro dia... no digo...  
pero hoy... repito que escoge  
muy mala ocasion.

ROD. ¿Por qué?

DAMIAN. Es dia de confusiones:  
la gente está algo caliente...  
y temo que se alborote.

ROD. Y eso ¿qué me importa á mí?

DAMIAN. Pues será bien que le importe..

ROD. Eh?  
DAMIAN. Con los *afrancesados*  
están dados al demontre.  
Y como dicen que usía...  
ROD. Eso dicen!  
DAMIAN. Eso se oye.  
Pudieran darle un mal rato  
si por fuera lo entrecogen.

## ESCENA XV.

DICHOS, PEPE.

PEPE. Padre?...  
DAMIAN. Déjanos ahora.  
Vé, que tu madre te espera.  
PEPE. Allá voy; pero si ántes  
su merced me da licencia...  
DAMIAN. Para qué?  
PEPE. Para decirle  
que acaban de llegar nuevas  
de Cádiz y de Sevilla  
y de Murcia y Cartagena...  
DAMIAN. Bien, y esas nuevas ¿qué dicen?  
PEPE. Que ya está armada la grésca  
en toda España; los pueblós  
se arrojan á la pelea,  
y quieren matar franceses  
y á cuantos los favorezcan.  
En Cádiz han arrastrado  
á Solano.  
DAMIAN. ¡Qué me cuentas...  
ROD. (¡Malo es esto...)  
PEPE. Y en Sevilla  
han dado muerte violenta  
al señor conde del Águila...  
ROD. ¡Mi primo!... desgracia horrenda!  
PEPE. Estas nuevas pronto aquí  
calentarán las cabezas;  
se van arremolinando;  
se agitan mucho y ya empiezan  
á dar en la plaza ¡vivas!

y tambien algunos ¡mueras!  
DAMIAN. Despidete de tu madre.

## ESCENA XVI.

D. RODRIGO, DAMIAN.

DAMIAN. Conque, señor, cuando quiera,  
el viaje puede emprender,  
pues la ocasion es de perlas.

ROD. Yo no sabía...

DAMIAN. Yo sí;  
sospechaba estas escenas,  
y por eso le decía  
que de aquí no se moviera.

ROD. De aquí... Pero bien, aquí...  
¿estoy seguro? Si llegan,  
si intentan un atropello  
¿qué medios hay de defensa?

DAMIAN. Hay los que inspire el valor  
y aconseje la prudencia.

ROD. Eso es muy vago...

DAMIAN. Será;  
pero aunque le dé mil vueltas,  
no encontrará otros mejores  
en rebujinas como estas.

ROD. Estoy lleno de inquietud.

DAMIAN. Siempre la calma fué buena.

ROD. ¡La calma! yo la tendría  
si se tratára de empresas  
en que imperasen la ley,  
la justicia, la nobleza.  
Pero ese pueblo salvaje  
cuando á desmanes se entrega,  
no se detiene ante nada,  
nada acata ni respeta.

DAMIAN. El caballero se apura  
por demas con la revuelta.

ROD. Como en Cádiz y Sevilla  
puede ser aquí sangrienta...

DAMIAN. Ya véremos...

ROD. ¡Ya veremos!...

Si para entónces lo deja...  
Supongamos que es llegado  
el caso y que la tormenta  
estalla. ¿Qué piensa hacer?

DAMIAN. El pescador sólo piensa  
tomar su vara de alcalde,  
y desde la puerta afuera,  
rompérsela en las costillas  
al primero que se atreva  
á querer entrar en casa.

ROD. Pero... ¿y si aun así penetran?

DAMIAN. Será porque habré caído  
muerto guardando mi puerta.

ROD. Y despues...

DAMIAN. Despues de muerto...

Dios nos dé la gloria eterna.

(Óyense muy á lo lejos y confusamente aclamaciones populares.)

ROD. Ha oído!

DAMIAN. Confusamente...

ROD. ¿Si vendrán aquí...

DAMIAN. Que vengan.

## ESCENA XVII.

DICHOS, FÉLIX.

FELIX. (Saliendo.) ¿Dónde está Damian?

DAMIAN. Aquí,

mi capitan; ¿qué me ordena?

FELIX. Hay que salvar á mi tío:  
la muchedumbre se encrespa;  
el batallon está en marcha;  
pero al punto que nos pierdan  
de vista, lo buscarán...  
Quiero que desaparezca  
ántes de marcharme... ¿puedes?  
Tu amigo así lo desea.

DAMIAN. Mi amigo, no; el sólo dueño  
de mi vida y de mi hacienda.  
Lo pondremos en franquía.

(Se repiten las aclamaciones populares.)

ROD. Pues vamos... que el tiempo apremia...  
FELIX. Por tierra será imposible.  
DAMIAN. Pues será por agua...  
(Alzando la voz.) ¡Alerta!  
¡Há de Gamboa!!

## ESCENA XVIII.

DICHOS, GAMBOA.

GAMBOA. Nostramo.  
DAMIAN. Vas á hacer una proeza...  
GAMBOA. Yo haré lo que su mercé,  
me mande por mar y tierra.  
DAMIAN. La de salvar al señor:  
condúcelo por la cueva  
de poniente, hasta salir  
al bajo de las arenas:  
toma una barca, hazte al mar;  
fuerza remo, caza vela:  
en cuanto llegue la noche  
demanda la costa apriesa,  
y lo alijas por Chipiona,  
junto al convento de Regla.  
GAMBOA. ¿Qué más?  
DAMIAN. Que si es menester  
morir por ello, que mueras.  
GAMBOA. Zerá su mersé zervío.  
DAMIAN. (Sacando del seno un escapulario.)  
Lo juras?  
GAMBOA. (Quitándose el gorro y extendiendo la mano sobre  
el escapulario.)  
Lo juro.  
DAMIAN. Besa.  
(Gamboa besa el escapulario.)  
Á la vuelta te daré  
las llaves de mi bodega.  
GAMBOA. Estónses ya no me mata  
ni un rayo de la armosféra.  
DAMIAN. Pues en marcha.  
ROD. Mas... mi esposa..  
DAMIAN. Aquí segura se queda:

la señora irá á buscarle  
cuando usía lo resuelva.

(Nuevas aclamaciones, pero siempre á lo lejos.)

FELIX. Que no hay tiempo que perder.

ROD. Vamos!...

DAMIAN. (Á Gamboa.) Leva la compuerta.

GAMBOA. (Levanta un tablon que descubre la boca de un  
subterráneo.)

Yo iré alante.

ROD. (Siguiéndole.) Adios.

FELIX. Adios.

GAMBOA. (Bajando.)

Abajo echaremos yescas.

(Desaparecen Gamboa y Rodrigo por el subterrá-  
neo, y Damian vuelve á echar la compuerta.)

DAMIAN. (Dirigiéndose al foro y saliendo.)

Vamos á ver qué nos quieren  
esos mozos que vocean.

FELIX. Y yo te sigo...

(Al dirigirse al fondo, aparece Luz en la puerta  
de la izquierda.)

## ESCENA XIX.

LUZ, FÉLIX, CLEMENCIA, á su tiempo.

LUZ. ¡Ah señor...

FELIX. ¡Oh Luz!... bendigo mi estrella  
que me concede un instante...

LUZ. Mi madre y Pepe se acercan...

Adios... y que esta reliquia  
(Le da un medallon.)

de todo mal le defienda.

FELIX. Aquí sobre el corazon  
lo llevaré, mi Luz bella.

¿Pensarás en mí?

LUZ. Á la Virgen

pediré con todas veras  
que nos conserve su vida.

FELIX. Sí hará...

LUZ. Adios...

FELIX. ¡Bendita seas!

CLEM. (Entreabriendo la puerta de la derecha y asomando

la cabeza.)

Muy buen viaje.

LUZ.

¡Ella!

FELIX.

Adios, tia!

(Clemencia se retira, cerrando la puerta bruscamente. Óyese un redoble de tambores y aparece Carranza en el foro en traje de camino.)

## ESCENA XX.

LUZ, FÉLIX, CARRANZA.

CAR. La de vámonos.

FELIX.

Pues ¡ea!

¡Á cumplir como valientes  
y Dios á España proteja!

(Se retira por el foro.)

CAR.

Es de creer... mas por si acaso  
llevo provision de vendas.

(Bajando al escenario.)

¿Aquí Luz?... ¡oh lucecita!

quién á campaña pudiera  
llevarse una luz tan pura,  
en vez de emplastos y sierras  
para tapar agujeros  
y cortar brazos y piernas.

LUZ.

¿Será la ausencia muy larga?

CAR.

¿Qué? ¿le interesa mi ausencia?

LUZ.

¿Cómo no sentir...

CAR.

(¡Luz pobre!...

¿Qué buena ocasion es esta...  
si fuera buena ocasion.

Me insinuaré á la ligera...)

La ausencia... ¿quién va á medirla?

pero si el ausente lleva  
alguna dulce esperanza...

(María y Pepe por la puerta izquierda, el último  
con un morralillo sujeto á los hombres.)

## ESCENA XXI.

MARIA, LUZ, CARRANZA, PEPE.

- MARIA. Hijo, procura...  
PEPE. No tenga  
cuidado, señora madre.  
CAR. (Está visto; no hay manera...)  
PEPE. (Abrazando á su hermana.)  
Hermana...  
LUZ. Adios, Pepe mio...  
CAR. (¡Me declararé á la vuelta!...)  
Conque señora María...  
MARIA. Señor, mucho me consuela  
que vaya usted con los nuestros...  
CAR. Pues... ¿y á mí?... (¡Dóime á pateta!)  
MARIA. Vaya, hijo mio, otro abrazo...  
PEPE. Madre, con el alma entera...  
(Aparece Damian en la puerta del fondo desde donde  
dice sin que le oigan los que están en escena.)

## ESCENA XXII.

DICHOS, DAMIAN.

- DAMIAN. Ya están á buena distancia  
los tales busca-pendencias.)  
MARIA. Á portarse como un hombre  
en la temida refriega:  
que nunca tenga tu padre  
de ser tu padre vergüenza.  
Vas á defender la patria,  
benedicida madre nuestra...  
defiéndela... ¡hasta morir!...  
(¡Ay... me está ahogando la pena!)
- DAMIAN. (Avanzando con brío.)  
¡Esa es mi mujer! La madre  
de mi prole!... ¡Santa hembra!  
Pepe!
- PEPE. Señor...  
DAMIAN. Nunca olvides  
sus palabras...

- PEPE. ¡Antes muera!...
- DAMIAN. Del batallon eres guía  
y aún no te han dado la enseña...  
(Armando el pabellon del San Juan en un asta.)  
yo voy á entregarte una...  
la mejor entre las buenas.  
Ella sabrá conducirnos  
del sacro honor por la senda...  
(Desplegándola.)  
¡Bandera de nuestras glorias!...  
tómala: rodilla en tierra.  
(Pepe se arrodilla y Damian lo cubre con ella.)  
Esta bandera te entrego,  
y al tomarla, considera  
que el espíritu y la sangre  
de tu padre va con ella.  
¡Dios te bendiga, hijo mio,  
y pronto á casa te vuelva!  
(Pepe toma la bandera, besa las manos á su padre y  
óyese el toque de marcha que se va alejando poco  
á poco.)
- CAR. La marcha!... adios!
- PEPE. Vamos.
- MARIA. ¡Hijo!...
- (Todos se dirigen al fondo, y cuando han desaparecido Carranza y Pepe, se acercan los demas á la ventana.)

## ESCENA XXIII.

MARÍA, LUZ, DAMIAN.

- DAMIAN. ¡Quién ir con ellos pudiera!
- LUZ. (Mirando por la ventana.)  
Ya va á caballo don Félix...
- MARIA. Y mi Pepe á la carrera  
se va á poner á su lado...
- LUZ. Llegó y la mano le aprieta...
- DAMIAN. Y qué gallardo va el chico  
con su fusil y bandera...
- LUZ. (Agitando el pañuelo.)  
¡Adios!

MARIA. (Lo mismo.) Adios!

LUZ. (Arrojándose en los brazos de su madre.)  
Madre!... madre!

MARIA. ¡Hija!... qué solas nos dejan!

DAMIAN. (Enternecido.) No se puede mirar esto  
sin que se aflojen las cuerdas...

MARIA. Tú tambien lloras, Damian?

DAMIAN. Y qué he de hacer, ¿soy de piedra?  
ya no me ven... y ya puedo  
arrojar la corredera...

Venid... vamos á rezar,  
y en tanto que ellos pelean,  
supliquemos á la Virgen  
de misericordias llena,  
que sobre esas nobles almas  
su manto piadosa tienda.

(Se dirigen al altar; rompe la música del batallon  
en un paso de ataque y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion. Aparecen Clemencia sentada y con traje de luto. María á su derecha de pie; Damian á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA, CLEMENCIA, DAMIAN.

- CLEM. Ha sido una gran desgracia.  
DAMIAN. ¿Y ya qué hacerle, señora?  
MARIA. ¿Y se encuentra ya mejor?  
CLEM. Sí, me siento...  
DAMIAN. El tiempo borra  
poco á poco las tristezas...  
CLEM. Para que sintamos otras.  
Ayer señora de pueblos  
y hoy viuda, abatida, sola...  
MARIA. Nadie pudo sospechar  
una desgracia tan pronta...  
DAMIAN. Pues no sé por qué sorprenden  
tanto en el mundo estas cosas.  
La vida es algo andariega  
y un mucho voluntariosa;  
de pronto viene y se va  
cuando mejor se la antoja.  
¿Quién lo evita? Esto se ve  
en la tierra á todas horas.

Don Rodrigo era un señor  
de salud algo achacosa;  
parece que le pusieron  
allá en Sanlúcar la proa,  
y, lo que es muy natural,  
los sustos y las zozobras,  
andar á salto de mata,  
y á su edad...

CLEM. . . . . ¡Qué tristes bodas!

DAMIAN. Muy tristes, cuando pudieron  
haber sido tan dichosas...

CLEM. . . . . ¿Cómo...

DAMIAN. Don Félix muriendo  
há tiempo, vive y retoña;  
y don Rodrigo, sin más  
enfermedad que la gota,  
se ha quedado como un pájaro.  
¡Cuánto mejor maniobra  
hubiera sido casarse  
con don Félix...

CLEM. . . . . Pues lo nombra...

Usted sabrá...

DAMIAN. En Ayamonte  
se sabe toda esa historia.

MARIA. Si no se han casado ántes  
se pueden casar ahora...

CLEM. Quién sabe... pudiera ser...  
si nos dispensára Roma...  
¿Y Luz está ya mejor?

MARIA. Lentamente se recobra.  
Dejará el lecho, y á él  
se volverá en cuanto coma.

DAMIAN. No sé qué tiene esa niña...  
noto que se desmejora...

CLEM. Es tan delicada y pura...

DAMIAN. Como una blanca paloma.

CLEM. Y de don Félix hay nuevas?

DAMIAN. Desde la hazaña gloriosa  
de Bailen, no nos ha escrito;  
pero se sabe que á Coria  
llegaron hace tres dias,  
y si es verdad, aunque ahoga

- el calor, tengo por cierto  
que hoy alguno aquí pernocta.
- CLEM. Deseo que así suceda.
- DAMIAN. Yo tambien.
- MARIA. Que Dios los oiga,  
para darle cien mil besos  
á Pepe, y me quedo corta.
- DAMIAN. Ya vendrán, que de ley son:  
el que de veras me asombra  
es Gamboa, que hace un mes  
salió á la mar... y hasta ahora...
- CLEM. ¿Es el que llevó á Rodrigo...
- DAMIAN. El mismo, y cumplió con honra.  
He sabido que la barca  
la dejó amarrada en Rota,  
y desde entónces ninguno  
da cuenta de su persona.  
(Empieza á levantarse la compuerta del subterráneo.)
- CLEM. (Dando un grito y retrocediendo.)  
¡Ah! ¡qué es eso!...
- MARIA. ¡La compuerta...
- DAMIAN. Pero quién... calle!... ¡es Gamboa!

## ESCENA II.

DICHOS, GAMBOA.

- GAMBOA. Güervo por onde me juí.
- CLEM. ¡Jesús, qué susto me ha dado!
- DAMIAN. Nos tenias con cuidado...
- GAMBOA. Pus zeñó, ya estoy aquí.
- MARIA. Pues me gusta la soflama;  
¿qué has hecho desde hace un mes?
- GAMBOA. Lo contaré á zus mersés,  
poi ca eso vengo, mostrama.
- MARIA. Tendrá que oir la cancion.
- DAMIAN. ¿Qué ha sido, ¡mala polilla...
- GAMBOA. No ha sío ná... una carreriya  
asin, como é zopeton.  
Zartando com'una cabra  
cuando su encargo acabé,  
bajé á tierra, y me colé...

(Ademan de beber.)  
pa remojá la palabra.  
Con mil camarás ayí  
me encontré, y ¡qué rebuyisio!  
aqueyo era er dia er juisio...  
la mesma buya caquí.  
Toa la gente estaba armá;  
quien con un rabo e zarten,  
quien con un cuchiyó, y quien  
con una tranca aguzá.  
En metá d'aquel repique  
les dije: ¡aónde vais, muchachos?  
«Vamo ja matá gavachos.»  
Y jumando y de palique,  
mos juimo zaliendo ajuera...  
y la bota... y ¡venga d'ahí!  
¡viva España!... y sin sentí...  
mo jayamo zen Utrera.  
Más gente ayí y más tirante:  
era sin comparasion  
más grande la mowision...  
«¡Al campo! To er mundo alante!»  
Y á Carmona. ¡Ande la tuna!  
Écija... ¡siga la prieza!  
Mas qué sudiá es eza?... ¡Eza?  
es ¡Córdoba! la moruna.  
Arza!... y tos cantando en coro  
y trincando de primó,  
jala!... y jala!... Pus zeñó,  
que ya estamo zen Montoro.  
¿Quién se güerve estando ayí?  
Pus vamo za la pelea  
pa ve de qué pié cojea  
er fransés... «¡Que ya está ahí!»  
gritan, y en un zantiamen  
por Anduja mos zubimos  
á los serros, y ar fin vimos  
las yanuras e Bailen.  
¡Ya estaba, ya estaba armá!  
¡qué jumo! y ¡cómo atruenaba!...  
¡Cabayeros! ayí estaba  
toico er valle e Josefá!

Zonaba en las peñas güecas  
er cañon, que daba grima;  
espues z'entró una calima  
que erretía las mantecas.  
¡Qué zé! caían á sientos,  
y ca cuál ganá quería  
un arroyo que corría  
entre los dos campamentos.  
¡Cuánta gente ayí cayó  
por el uno y otro bando!  
Mujotros ayí atisbando...  
¡asta q'arguno gritó:  
—«¿Por qué no apagar la fragua?  
Los nuestros zestán muriendo  
de zé... y los estamos viendo...  
vamos á yevales agua!!»  
Y espresiando los calores,  
jásia los nuestros corrimos,  
y á la ves tos aprendimos  
el ofisio de aguaores.  
Éste les yeva una jarra;  
aquél les yeva un puchero;  
otro yena su zombrero;  
otro yena su guitarra;  
y hubo hombre que en una noria  
sus dos sapatos llenó,  
y á los nuestros los llevó...  
y el agua les supo á gloria.  
¿Qué tar la caló zería?  
Pus cuando se refrescaron  
jué tanto lo q'apretaron  
los chicos, que ¡mare mia!...  
Er francés tocó á retreta...  
y ¡hala ensima!... y ¡otra ves...  
Zeñó!... no ha quedao un fransés  
ni pa taco d'escopeta.

MARIA. ¿Y has visto á Pepe?

GAMBOA. Á tos ví.

¿No han güerto?

MARIA y DAMIAN. No.

GAMBOA. Pus creía

q'aquí los encontraría...

- salieron elante e mí.
- DAMIAN. Y de esta ausencia ¿qué infieres?
- GAMBOA. Vendrán quemaos, medio encueros...  
y s'habrán quedao ronseros...  
Pepiyo viene d'arféres.
- MARIA. ¡Hijo de mi alma!
- DAMIAN. Ya ha escrito...
- GAMBOA. ¡Con qué empuje... ¡Ave María!  
asaltó una batería  
y la ganó el angelito!
- CLEM. ¿Y Félix?
- GAMBOA. Mu regulá.  
Ha sacao un chinarraso  
así, á la metá der braso...  
pero ér dise que no es ná.  
¡Qué firme estaba y qué erecho  
ar frente e su batayon!...
- DAMIAN. Es que tiene un corazon  
que no le cabe en el pecho.  
Y pues tras de un mes de brega  
vuelves de casa al abrigo,  
te voy á dar en castigo...  
las llaves de la bodega.  
Ven; te las voy á entregar.
- GAMBOA. ¡La boega!... ¿quién resiste...  
Santísimo Corpucriste...  
¡qué beso le voy á dar!!  
(Damian y Gamboa se retiran foro izquierda.)

### ESCENA III.

MARÍA, CLEMENCIA.

- CLEM. Diga, señora María;  
si don Félix hoy del campo  
vuelve...
- MARIA. Qué?
- CLEM. ¿Se hospedará  
en esta casa?
- MARIA. Pues claro.  
¿Adónde estará mejor  
asistido y más cuidado?  
Esta casa es como suya

- y todos le contemplamos...
- CLEM. ¿Y la señora María,  
no encuentra en ello reparo...
- MARIA. Yo... ¿qué reparo, señora?  
aquí siempre se ha hospedado;  
él es nuestro bienhechor  
y nos honra...
- CLEM. Sin embargo;  
con todos esos motivos,  
en la apariencia tan gratos,  
pudiera el vulgo mordaz  
de tal manera explicárselos...
- MARIA. ¡El vulgo mordaz!... Tendría  
que mentir con tal descaro  
para hallar otros motivos,  
que nos tiene sin cuidado.
- CLEM. Me parece que confía  
mucho en su conciencia...
- MARIA. Tanto  
como el que procede en todo  
con pensamientos honrados.
- CLEM. No lo dudo, pero á veces  
en el camino más llano,  
por distraccion, por descuido,  
se suele dar un mal paso...
- MARIA. Aquí esos pasos no pasan.
- CLEM. Pues pasan.
- MARIA. ¿Cómo?... no alcanzo  
lo que quiere la señora  
decirme...
- CLEM. Es sencillo el caso.  
Tiene usted una hija bella;  
don Félix es muy gallardo,  
y aunque enfermo, se asegura...
- MARIA. ¡Dios me tenga de su mano!  
¿Qué se asegura, señora?  
algun testimonio falso.
- CLEM. Nada; que se aman los dos...
- MARIA. ¿Eso qué tiene de raro?
- MARIA. Mucho, si eso fuera cierto,  
por ser desiguales ambos.
- CLEM. Pues por eso le decía...

- no pudiendo ser casados...
- MARIA. Pueden ser dos buenas almas  
que se estimen al amparo  
de la santa gratitud,  
sin ofensa del recato.
- CLEM. La gratitud y el amor  
viven siempre tan cercanos...
- MARIA. Mi hija le debe la vida,  
y es don Félix tan hidalgo,  
que nunca deslucirá  
su nobleza ni sus lauros.
- CLEM. Eso es lo que debe ser;  
pero amor es tan menguado,  
que trastorna los sentidos  
del hombre y calcina el mármol.  
Don Félix es caballero...  
pero hay momentos aciagos  
en que el más noble se olvida,  
y sin querer... arrastrado...
- MARIA. El no abusará jamás.
- CLEM. Viviendo tan inmediatos...  
es expuesto...
- MARIA. La señora  
me llena de sobresalto...
- CLEM. Y con razon: ya hay quien dice  
que los ha visto abrazados...  
jurándose amor eterno...
- MARIA. ¿Y quién es el temerario  
que eso ha visto y eso dice...
- CLEM. Yo lo digo. En este cuarto  
los he visto... allí! allí mismo!...  
unidos en tierno abrazo.  
Diga si no es peligroso  
seguir un juego tan árduo...
- MARIA. ¡Dios de bondad! ¿este golpe  
me tenías reservado?  
Señora... si eso es verdad;  
si el uno y la otra olvidando  
lo que á sí propios se deben  
y á este hogar nunca manchado,  
han cometido una falta,  
le juro por lo más santo

que no incurrirán en otra  
aunque vivan dos mil años!  
(Váse precipitadamente foro derecha.)

## ESCENA IV:

CLEMENCIA, despues CARRANZA.

- CLEM. Bien: ha prendido la chispa:  
el golpe está ya parado:  
aunque humildes pescadores  
tienen su orgullo, y aguardo  
que desde hoy en adelante  
serán con Félix más cautos.  
Sáquelo yo de esta casa,  
logre tenerlo alejado  
de esa ninfa... y lo demas,  
lo demas se irá arreglando.  
Alguien llega... (Aparece Carranza en el foro.)  
Mas ¡qué miro!  
¿De vuelta ya el licenciado?
- CAR. Hemos sabido, señora...  
y lamento sus quebrantos...
- CLEM. Son altos juicios de Dios,  
á los que, como cristianos,  
nos debemos someter.
- CAR. Eso es lo justo, y aplaudo...
- CLEM. ¿Y qué tai la expedicion...
- CAR. Hubo en ella sus trabajos:  
mucho calor, mucha sed,  
poco pan y mucho palo.  
Hemos salido con gloria;  
á Dupont venció Castaños:  
los muertos, muertos se quedan,  
y los vivos aquí estamos..
- CLEM. ¿Cómo es que llega el primero?
- CAR. Porque yo. . . yo... ¿á qué ocultárselo?  
vengo en alas del amor;  
aquí una prenda he dejado...
- CLEM. ¿En esta casa...
- CAR. ¡Ay señora!  
en este cielo de encantos.

- CLEM. (¡Calle! ¡qué descubrimiento!)  
¿Está usted enamorado  
de Luz...
- CAR. Como un estudiante;  
sí señora, la amo! la amo!  
pero nunca se lo he dicho;  
es un secreto que aún guardo  
en lo hondo del corazón.
- CLEM. ¿Y por qué tan reservado?
- CAR. Porque soy bastante torpe,  
y encogido y mentecato.  
Luégo, he tenido desgracia...  
cuantas veces he intentado  
hablar... me han interrumpido...
- CLEM. Pues debe usted ser más franco...
- CAR. ¿Más franco? Sí que debía...  
pero soy tan desmañado...
- CLEM. (¡Pobre señor!) ¿Quiere usted  
que en el trance en que le hallo  
le sirva de medianera?
- CAR. ¡Usted!... ¿á mí?... ¡Honor tan alto...  
¡eso sería elevarme  
de la ventura al pináculo...
- CLEM. Pues descanse usted en mí,  
que yo haré lo necesario  
para que alcance muy pronto  
esa codiciada mano.
- CAR. ¡Voy á enloquecer...
- CLEM. Pero ántes...  
(Mirando si hay álguien que escuche.)  
ántes hagamos un pacto.
- CAR. Los que quiera la señora;  
desde hoy tiene en mí un esclavo.
- CLEM. ¿Qué opina de la salud  
de don Félix?
- CAR. Que es un diablo:  
en la apariéncia está bueno,  
mas no me deja auscultarlo.  
Siempre dice que mañana,  
y nunca llega... Entre tanto  
va á la guerra, entra en combate,  
pasa las noches al raso,

y en vez de empeorar, parece  
que se va vigorizando...  
En los signos exteriores  
no hay nada de extraordinario...

CLEM. Pues necesito que usted  
apoye... Pero oigo pasos;  
sígame usted y hablaremos.  
(Váse Clemencia puerta derecha.)

CAR. (Siguiéndola.)  
¡Qué fortunon se me ha entrado...  
Me declaro... ¡y sin hablar!!...  
¡De esta vez sí que la atrapo!  
(Sale Damian foro izquierda.)

## ESCENA V.

DAMIAN, despues GAMBOA.

DAMIAN. ¡Hola! que ya está ahí Carranza...  
¿No dije? ya van llegando  
nuestros valientes guerreros...  
Mas ¿cómo se entra en el cuarto  
de la señora y no dice  
«¡há de la casa!...»

(Sale Gamboa muy alegre, revelando el principio  
de una embriaguez, que irá creciendo en las  
siguientes escenas.)

GAMBOA. Mostramo!

DAMIAN. ¿Qué hay, Gamboa?...

GAMBOA. Cá d'habé?

que mos ha piyao empopaos  
un rachaso é viento fresco...  
y ¡hasta er cielo!

DAMIAN. Malo, malo.

¿Has entrado en la bodega?

GAMBOA. Una asomaiya l'he dao...

DAMIAN. Ya se conoce.

GAMBOA. Pus qué!

¿me voy ya á pique...

DAMIAN. No tanto;  
pero pierdes las amarras...

GAMBOA. Habrá sio con er fato...

zi á una pipa e treinta arrobas  
l'habré apena rebajao  
dos deos...

DAMIAN. Has hecho bien,  
Gamboa, tira de largo.

¿Qué venías á decirme?

GAMBOA. ¡Cómo qué!... ¿pu jasí estamos?  
aún no he dicho á su mersé...

DAMIAN. Nada.

GAMBOA. ¡Pu zoy un garnápiro!  
porque he debio empezá  
por desirle que está abajo...

DAMIAN. Quién?

GAMBOA. (Señalando al fondo.)

Pus no!... que ya está arriba.

(Entran abrazados María y Pepe.)

DAMIAN. Pepillo!...

PEPE. ¡Padre!...

(Mientras se abrazan y besan en el fondo, dice:)

GAMBOA. Acabáramo!

Como si er patron Gamboa

no supió dar un recao!

Tan y mientras que se besan

le voy á dar otro azarto...

¡dos deos!... á ve si ayego

á la cuarta... y mo jartamos. (Váase.)

## ESCENA VI.

MARÍA, DAMIAN, PEPE.

MARIA. Pero ¿no ves qué moreno?

DAMIAN. Ese, ese es el buen color  
del soldado...

PEPE. Y bien, señor,  
¿me he portado como bueno?

DAMIAN. Pepillo, si así no fuera,  
ni mis brazos te daría  
ni aquí te recibiría.

¿Qué has hecho de mi bandera?

PEPE. Tanto la estima el cañon,  
que sólo ha dejado un resto:

lo he doblado y me lo he puesto  
(Sacando del pecho un giron de la bandera.)  
encima del corazon.

DAMIAN. Dame acá... ¡buen chico! ¡guapo!  
su valor ya es sin segundo;  
¡qué glorias habrá en el mundo  
que valgan más que este trapo!  
(Lo besa y se lo guarda en el seno.)

PEPE. ¿Y Luz?

MARIA. Poco á poco gana  
en salud; pero confio  
que muy pronto... Anda, hijo mio,  
entra y abraza á tu hermana.  
(Entra Pepe puerta izquierda.)

## ESCENA VII.

MARÍA, DAMIAN.

DAMIAN. ¿No vas con él?

MARIA. No... quería...

DAMIAN. Qué?

MARIA. Pero... (Ay Dios!... ¿cómo salgo...)  
Quería que...

DAMIAN. Aquí pasa algo.

MARIA. Sí que pasa.

DAMIAN. Habla, María.

¿Por qué te encuentro turbada?

MARIA. Porque evitarte quisiera  
un pesar... y no hay manera;  
no debo ocultarte nada.

DAMIAN. ¡Por la santísima cruz!...  
que no alcanzo á comprender...  
¿de qué se trata, mujer?

MARIA. De don Félix y de Luz.

DAMIAN. Luz... Félix... ¡por vida mia!  
¿qué pesares por ahí  
pueden venir para mí?

MARIA. Uno y grande...

DAMIAN. Habla, María.

MARIA. Sobre ligeros deslices,  
sobre su amante locura,

hay por fuera quien murmura.

DAMIAN. Y por dentro, tú, ¿qué dices?

MARIA. Yo digo como los otros,  
que Luz ama con exceso  
á don Félix.

DAMIAN. ¿No es más que eso?  
pues ¿no le amamos nosotros?  
Si por él del bien gozamos,  
si la salvó... aunque suspire,  
¿qué mal hay en que ella admire  
lo que todos admiramos?

MARIA. Pues yo un mal y grave toco:  
mientras Luz su amor callaba  
y don Félix lo ignoraba,  
todo ello importaba poco.  
Pero hoy lo sabe...

DAMIAN. Por Cristo  
que no entiendo este proceso:  
¿quién sabe y ha visto eso?

MARIA. Doña Clemencia lo ha visto.

DAMIAN. ¿Lo ha visto mientras ausente  
de casa don Félix mora?  
Páreceme esa señora  
Clemencia poco clemente.  
¿Cómo ambos en su presencia  
han podido de su afan  
dar muestras... Esos serán  
chismes de doña Clemencia.

MARIA. Yo sólo decirte sé  
que el amor de Luz es cierto;  
y que si él lo ha descubierto  
es peligroso...

DAMIAN. ¿Por qué?

MARIA. El por qué bien claro está;  
cualquier abuso podría...

DAMIAN. ¿Qué es lo que dices, María?  
Don Félix no abusará.

MARIA. Á tí no te da cuidado...  
porque, aunque de humilde nombre,  
eres modelo del hombre  
leal, noble, confiado...

DAMIAN. No digo que sí ni no:

mi valer poco me altera;  
pero valga lo que quiera  
vale él mucho más que yo.

MARIA. Valdrá, aunque no para mí:  
se portará, así lo espero,  
como un digno caballero,  
un gran señor... pero dí:  
si se aman, ¿hemos de ver  
en paz su amante querella?  
¿puede él casarse con ella?

DAMIAN. ¡Qué se ha de casar, mujer!

MARIA. Pues bien: jóvenes y bellos,  
si se sabe que se adoran,  
que en la misma casa moran  
y aquí nosotros con ellos...  
¡Damian!... de nuestra opinion,  
de la de esa pobre hija...  
¿qué va á ser?... aunque te aflija...

DAMIAN. María... tienes razon.  
Yo dejaba al sentimiento  
correr... pero bien está:  
esta noche quedará  
nuestra Luz en un convento.

MARIA. ¡Pobre hija!

DAMIAN. Suerte cruel.

MARIA. Suben?... conozco su paso...

DAMIAN. ¡Vete!

MARIA. Pero ¿vas...

DAMIAN. Acaso;

déjame á solas con él.

(Desaparece María puerta izquierda y se presenta en  
la del fondo D. Félix.)

## ESCENA VIII.

D. FÉLIX, DAMIAN.

DAMIAN. ¡Cuánto le ha tostado el sol!

FELIX. Dame los brazos, Damian.

DAMIAN. Bien venido el capitan,  
gloria del suelo español.

FELIX. ¿Y tú?

DAMIAN. Duro de testuz  
como siempre y ¡vengan truenos!

FELIX. ¿Los de casa?...

DAMIAN. Todo buenos.

FELIX. ¿Y tambien Luz?

DAMIAN. Lo que es Luz...

está la pobre, señor,  
enferma á lo que parece.

FELIX. ¡Está enferma!... y ¿qué padece?

DAMIAN. La enfermedad es... de amor.

FELIX. Enferma de amor... ¿hay tal?

DAMIAN. Esto en su ausencia ha pasado.

FELIX. ¿Y de quién se ha enamorado?

DAMIAN. De don Félix Carvajal.

FELIX. ¡Qué dices!...

DAMIAN. Yo no quería  
sobre tal cosa decir;  
pero decirlo ó mentir...  
y yo no le miento á usía.

FELIX. Del tratamiento te excluyo...

DAMIAN. Ha heredado á un gran señor:  
soy humilde pescador,  
y... pues, le doy lo que es suyo.  
Aunque oscuro, sé guardar  
la reverencia debida;  
que hay distancias en la vida  
que no se pueden juntar.

FELIX. (Es la mano de Clemencia  
la mano que siento aquí.)

DAMIAN. Por siempre he pensado así;  
pero Luz en su inocencia,  
sin saber ni reparar  
en las distancias del suelo,  
¡ha echado tan alto el vuelo!...  
mas yo se lo haré bajar.  
La pobre es algo andantesca...  
por lo tanto ruego á usía  
que perdone su osadía...  
¡no sabe lo que se pesca!

FELIX. ¿Qué importa? ese sentimiento  
más que ofenderme me honra.

DAMIAN. Pero á ella le deshonra

grandemente; ese es el cuento.  
El daño debo atajar...

FELIX. Y ¿qué vas á hacer?

DAMIAN. ¿Qué haría,  
si por un momento usía  
se encontrára en mi lugar?

¿Cuál sería su partido  
al verse en esta ocasion,  
como yo, en la situacion  
de padre... y de agradecido?

FELIX. Yo... ¿me prometes pasar  
por lo que yo...

DAMIAN. Cosa es clara;  
como si Dios lo ordenára.

FELIX. Pues déjame lo pensar.

DAMIAN. ¿Me dirá su pensamiento  
hoy mismo...

FELIX. Tan apurado  
es el trance...

DAMIAN. Es que me he pensado  
que hoy Luz duerma en un convento.

FELIX. Espera, confía en mí:  
justa y noble es tu querella;  
pero, Damian... no! no es ella  
quien debe salir de aquí.

DAMIAN. Eso usía lo verá;  
yo sólo veo el convento...

FELIX. Yo más; déjame un momento  
á solas.

DAMIAN. Muy bien está.

(Se retira puerta izquierda.)

## ESCENA IX.

FÉLIX.

Salvar quiero esta azarosa  
situacion como un valiente;  
pero mi salud... ¿consiente  
que elija y que tome esposa?  
La vida más vigorosa  
siento ya... pero ¿qué enredo

en la familia, si cedo!...  
Pensemos... vamos á ver...  
yo sé lo que debo hacer,  
mas no sé si hacerlo puedo.

(Sale Carranza puerta derecha. D. Félix se sienta y medita.)

## ESCENA X.

FÉLIX, CARRANZA.

- CAR. (La señora me aconseja que me declare á don Félix, para que ella y él unidos mi amorosa empresa arreglen. Pues andando, que el momento está diciendo comedme.)
- FELIX. (No encuentro mejor salida...)
- CAR. Señor don Félix, ¿qué tiene? ¿se siente mal...
- FELIX. No por cierto; no gozo de una excelente salud, pero casi, casi... Y bien, Carranza, se viene de visitar á Clemencia?
- CAR. Una visitilla breve...
- FELIX. Aún no la he visto. ¿Y qué tal?
- CAR. Muy triste, hay algo de fiebre... llora y llora...
- FELIX. ¿Todavía? tanto ha sentido la muerte de un marido momentáneo?
- CAR. Yo diré á usted; me parece que piensa más en el vivo que en el que yace por siempre.
- FELIX. Hombre! tan pronto ¿y ya piensa en maridar nuevamente?
- CAR. No digo, ni decir puedo lo que acerca de ello piense; pero sólo habla de usted, de sus juegos inocentes en los jardines del tío,

- de aquellas tardes alegres...
- FELIX. ¿Se acuerda?... ¡pobre Clemencia!
- CAR. Es un recuerdo perenne...  
Y ¡está tan arrepentida  
de su boda...
- FELIX. ¿Se arrepiente...
- CAR. ¡Si le dijeron que usted  
era cadáver!.. Y al verse  
con las instancias del tío...
- FELIX. Pues, claro; eso es evidente.
- CAR. Como ahora en el testamento  
su señor tío establece  
que se case usted con ella...
- FELIX. Y si no que se le entregue  
todo lo libre...
- CAR. Eso es;  
la pobre teme...
- FELIX. ¿Qué teme?
- CAR. Que usted de su matrimonio  
escrupulillos conserve,  
y no quiera...
- FELIX. Lo que estudian...
- ¿lo que estudian las mujeres!
- CAR. ¿Verdad que tales temores  
de fundamento carecen?
- FELIX. Es muy bella...
- CAR. Sí que es bella...  
Y eso de soltar los bienes...
- FELIX. Eso es lo que importa menos.
- CAR. Pues entónces...
- FELIX. Es corriente.
- CAR. (Ya está arreglada esta boda.)  
Don Félix, ¡que amor le eleve...  
(La señora no dirá  
que el licenciado se duerme.)  
Y apropósito de amor:  
de lleno voy á ponerme  
en sus manos, y confío  
en que si usted me protege,  
voy á ser el más dichoso  
de cuantos mi ciencia ejercen.
- FELIX. ¿Qué es ello?

CAR. Es el caso que...  
(Pepe desde la puerta de la izquierda.)

## ESCENA XI.

DICHOS, PEPE.

PEPE. ¿Carranza?  
CAR. (¡El diablo te lleve!)  
PEPE. Luz quiere dejar el lecho...  
CAR. Hace muy bien si eso quiere,  
que es hora de levantarse.  
PEPE. Mas no sabemos si debe...  
y todos le suplicamos  
que la vea y aconseje.  
CAR. (Pues no deseo otra cosa  
que verla...) Queda pendiente...  
FELIX. Sí; vaya usted y hasta luégo,  
que aquí Clemencia aparece.  
CAR. Pues señor, vamos allá;  
y mi pleito... ¡como siempre!

## ESCENA XII.

CLEMENCIA, D. FÉLIX.

CLEM. ¿Don Félix ya por aquí?  
FELIX. Pensaba en este momento  
anunciarme en tu aposento.  
CLEM. Cómo!... ¿ibas á verme?  
FELIX. Sí;  
y en ello un deber cumplía.  
CLEM. ¿Deber... buscar mi presencia?  
FELIX. Deber, y grato, Clemencia.  
CLEM. (¡Ah!... ¡ya no me llama tia!)  
Me sorprende tu bondad:  
¡tan triste es mi situacion!...  
FELIX. Pues por la misma razon...  
CLEM. Mucho temía, en verdad...  
FELIX. Pues temerosa no estés...  
CLEM. Á tu memoria he temido...  
FELIX. La he perdido.





CAR. Y hace poco lo dejé  
más blando que un cordoban.

CLEM. Y Luz?

CAR. Bien. Ahí sale Pepe;  
los de adentro, cada cual  
está como carilargo...  
le puede usted preguntar  
mientras ausculto á don Félix.

CLEM. Sí, corra usted.

CAR. Voy allá.

(Se retira foro izquierda y sale Pepe puerta izquierda.)

## ESCENA XIV.

CLEMENCIA, PEPE.

CLEM. Bien venido el jóven héroe.

¿Conque es usted ya oficial?

PEPE. Sobre el campo de batalla  
he conseguido alcanzar  
esta insignia, que he ganado  
por una casualidad.

CLEM. ¡Qué modesto!... esas insignias  
no se suelen conquistar  
sin dar ántes muchas pruebas  
de arrojo y serenidad.

PEPE. Todos allí las han dado...

CLEM. No es fácil recompensar  
á todos. Reciba usted  
mi parabien más cordial.

PEPE. Gracias, señora.

CLEM. Parece  
por lo que indica su faz,  
que no está muy satisfecho  
de su ascenso militar.

PEPE. Sí lo estoy, pues han premiado  
mis servicios por demas.

CLEM. Entónces ¿por qué está triste?

¿Se agrabó de Luz el mal?

PEPE. No señora; felizmente  
dice el médico que va

mejorando, y puede el lecho  
sin peligro abandonar.

CLEM. ¡Pobrecilla! con el alma  
lo celebro... ¿Y aún no habrá  
podido ver á don Félix?

PEPE. Aún no lo ha visto, ni...

CLEM. ¡Cuán  
grande será su impaciencia!

PEPE. Ni espero que lo verá.

CLEM. ¿Qué dice usted? ¿ni hoy ni luégo  
verá á don Félix?

PEPE. Jamás.

CLEM. ¿Qué ha pasado?

PEPE. No lo sé.

Mi padre dice que irá  
á dormir hoy á un convento...

CLEM. Cómo!... ¿la van á encerrar?...

PEPE. Lo ha dispuesto así mi padre..  
cúmplase su voluntad.

CLEM. (Todo va á pedir de boca:  
ya me quedé sin rival...)  
Mas ¿qué motivo...

PEPE. Lo ignoro;

pero motivos tendrá  
mi señor, cuando procede  
con tanta severidad.

CLEM. Comprendo muy bien ahora  
su tristeza... es natural  
que sienta verse privado  
del afecto singular  
que nos ha inspirado á todos  
esa niña angelical.

PEPE. No comprendo lo que pasa;  
mi hermana es tan incapaz  
de faltar en su inocencia...

CLEM. Justo: una niña ejemplar.

PEPE. Que aquí debe andar sin duda  
la mano de Satanás.

CLEM. Eso mismo digo yo;  
¿quién sabe lo que será?  
á veces se arma un enredo  
por la cosa más trivial..

- Alguna equivocacion  
que el tiempo en claro pondrá;  
tal vez un paso indiscreto  
de esos muchos que se dan...
- PEPE. Ó acaso alguna calumnia,  
alguna insigne maldad  
de los que ven con envidia  
la calma ajena, la paz...
- CLEM. (Se va expresando este jóven  
con una intencion... ¿sabrá?...)  
Confio en que ese mandato  
se podrá modificar:  
si la causa es causa leve,  
los ruegos...
- PEPE. No los oirá.  
Mi padre no manda mucho;  
mas cuando llega á mandar,  
no revoca sus mandatos,  
ni se vuelve nunca atrás.  
(Sale Gamboa por el foro, haciendo grandes esfuerzos  
para mantenerse derecho.)

## ESCENA XV.

DICHOS, GAMBOA.

- GAMBOA. Gamboa... mano á la caña...  
porq'hay muncha marejá.
- PEPE. ¿Qué vienes á hacer aquí?
- GAMBOA. ¿Ca qué vengo?... pus... ¡cabal!  
¿á qué habré yo aquí vinío?  
me paese que... que... á estorbar.
- PEPE. Pues vete.
- GAMBOA. Está bien, mi arférez.  
(Da un vaiven como para retirarse.)  
Pero ¿me voy á queá  
con el recao drento el cuerpo?
- PEPE. ¿Qué recado?
- GAMBOA. ¡Pus no es ná!...  
Que se runa er consistorio  
y tuica la vesindá...

- PEPE. Mas ¿para qué?  
GAMBOA. Porque on Félix...  
CLEM. ¿Félix lo manda?...  
GAMBOA. Y ná más.  
PEPE. Si nó sabes lo que dices.  
GAMBOA. Tamien pué que sea verdá;  
porq'hay una brumason...  
PEPE. Qué te impide ver y hablar...  
GAMBOA. Ezo no!... que ver, zí veo...  
Te estoy viendo e capitan,  
y aluego de comendante,  
y en... en siguiá é generá...  
PEPE. Basta, basta...  
GAMBOA. Y en siguiá...

## ESCENA XVI.

DICHOS, CARRANZA.

- CAR. Cómo!... ¿Aun reunidos no están?  
CLEM. Pero ¿quiénes?  
CAR. La familia...  
Pues no les ha dicho ya  
Gamboa...  
GAMBOA. Lo estaba isiendo,  
mas gorrvére á escomensá.  
CAR. (Á Pepe.) Avise usted á sus padres:  
don Félix quiere anunciar  
á todos los de la casa  
no sé qué importante plan...  
GAMBOA. Ezo es!... que vá echá un risponso  
á... á manera e toná...  
PEPE. (Retirándose puerta izquierda.)  
Voy al momento.  
CLEM. (Bajo á Carranza.) Y ¿qué es ello?  
CAR. No he podido rastrear...  
pero es cosa indubitable  
que á darles noticia va  
de su boda con usted...  
y espero de su bondad  
que se ocupen de la mia  
para hacerlas á la par.

CLEM. ¿Conque su salud es buena?  
¿no inspira temores...

CAR. Cá!

Su juventud vigorosa,  
su excelente natural,  
y hasta esa poca aprension,  
la imperturbabilidad  
de su espíritu, han resuelto  
la congestion pulmonal  
que contrajo en el famoso  
combate de Trafalgar,  
y desde Bailen disfruta  
de más salud que un gañan.

CLEM. Pues si eso les va á decir,  
yo no debo presenciar...  
Esperaré en mi aposento  
y en él cuenta me darán...

CAR. Sí; me parece más propio  
de la propia dignidad...

CLEM. Ya entrará usted á decirme...

CAR. En cuanto hable, usted sabrá...  
(Se retira Clemencia puerta derecha.)

## ESCENA XVII.

CARRANZA, GAMBOA.

GAMBOA. Zeñó méico...

CAR. ¿Qué hay, Gamboa?

GAMBOA. ¿Me quié zu mersé pursá?  
Tengo.. asina, á mo d'un zueño...

CAR. (Notando el estado de embriaguez de Gamboa.)  
No tengo necesidad  
de pulsarle...

GAMBOA. Estoy blandengue...

CAR. Sí, sí; váyase á acostar.

GAMBOA. ¡Cómo qué!... ¿estoy tan malito  
que dé ya las boqueás?

CAR. No; pero se está cayendo.

GAMBOA. Yo no!... Es la casa que da  
unos balanses... Por juersa  
q'hoy debe habé tempestá.

## ESCENA XVIII.

DICHOS, MARÍA, DAMIAN, PEPE, por la puerta izquierda; DON FÉLIX aparece en el fondo y avanza hasta colocarse en medio de los que están en la escena. GAMBOA, en segundo término, toma diferentes posturas para mantenerse de pie.

FELIX. Pues que el momento es llegado,  
pláceme hallaros reunidos;  
que es un placer estremado  
verse de amor rodeado  
entre seres tan queridos.  
Como honrado y caballero,  
con entera claridad  
á todos hablaros quiero,  
y que me escucheis espero  
con vuestra antigua bondad.  
Si algun ligero favor  
por acaso os dispensé,  
harto pagado quedé  
con la ternura, el amor  
que en vosotros encontré.  
Mientras otros me olvidaban,  
y amantes votos cambiaban  
por fausto y por vanidad,  
de este enfermo aquí cuidaban  
con ardiente caridad.  
Fué Damian un compañero,  
María una madre ha sido;  
Pepe un amigo sincero,  
y Luz... el claro lucero  
que mis sombras ha extinguido.

CAR. (¡Eeh!...)

FELIX. Pero entre Luz y yo,  
ninguno decir podrá,  
sin calumniarnos, que vió  
un gesto ó que un dicho oyó  
que fueran indignos.

CAR. (Aah!)

FELIX. Ella por extremo pura  
lo que era amor no sabía;

y enfermo yo, no debía  
con mi existencia insegura,  
revelar lo que sentía.

Pero hoy es otro mi estado:  
hoy nueva salud ha entrado  
en mí, y la muerte se fué,  
según dice el licenciado.

CAR. Lo certifico y doy fe.

FELIX. Libre me veo del mal  
que pudo serme fatal;  
y pues que Dios me bendice,  
escuchad bien lo que os dice  
don Félix de Carvajal.

Amo á Luz, á Luz hermosa.

Tú, María de la Cruz,  
y tú, Damian de Espinosa,  
¿quereis darme por esposa  
á vuestra hija doña Luz?

MARIA. Jesús!... ¿si no habré entendido...

DAMIAN. Señor... yo no sé en conciencia  
si está sano mi sentido...

CAR. (Pues he quedado lucido...  
aquí de doña Clemencia!)

(Se retira puerta derecha. Gamboa, que se ha montado en una silla, apoya los codos en el respaldo, y se queda dormido columpiándose.)

GAMBOA. Está dando unos bandazos  
la casa...

MARIA. Pero, señor...

¿son posibles esos lazos?

DAMIAN. Somos dignos de ese honor?

FELIX. Sí, y que os respondan mis brazos.

DAMIAN. Mas ¿puede en su rectitud  
unir gloria y juventud  
á pescadores humildes?

FELIX. No pongais tachas ni tildes...  
yo busco amor y virtud,  
y eso aquí, por varios modos,  
se encuentra hasta hundir los codos;  
además debéis pensar  
que el lance de Trafalgar  
nos ha ennoblecido á todos.

DAMIAN. Id por mi hija.

(María y Pepe se retiran puerta izquierda.)

Acato y cedo  
ante esa hermosa verdad;  
y si es esto realidad...  
¡máteme Dios!... pues no puedo  
con tanta felicidad.

## ESCENA XIX.

DICHOS, CARRANZA.

FELIX. ¿Qué dice doña Clemencia?

CAR. Ahí queda con un ataque  
de nervios... leve dolencia.

FELIX. Espero que se le aplaque  
con lo libre de la herencia.

CAR. Yo tambien voy á partir.

FELIX. ¿Adónde va el licenciado?

CAR. Á Lima: me he desterrado...

Hasta luégo. Debo ir  
al Callao... por callado.

(Se retira por el fondo.)

DAMIAN. Pero ¿qué le ha sucedido?  
cómo tan pronto dispone  
ese viaje...

FELIX. He comprendido  
que al pobre no le ha salido  
la cuenta.

(Gamboa, profundamente dormido, pierde el equili-  
brio y cae boca abajo al suelo con la silla, quedán-  
dose inmóvil.)

DAMIAN. ¡Dios te perdone!

en ese mismo lugar  
le amanecerá mañana.  
Dejémosle descansar...  
que hoy es día de arrojar  
la casa por la ventana.

(Salen por la puerta izquierda María y Pepe, con-  
duciendo á Luz por la mano.)

## ESCENA ÚLTIMA.

MARÍA, LUZ, FÉLIX, DAMIAN, PEPE, GAMBOA, do:mido.

MARIA. Hoy, mi Luz, tu pobre madre  
va á salir de sus casillas;  
y para que más te cuadre,  
ven y escucha de rodillas  
lo que te diga tu padre. (Luz se arrodilla.)

DAMIAN. Luz, en que tu padre adora,  
Dios por tu bien ha ordenado  
que de humilde pescadora  
asciendas á gran señora:  
¡sé digna en tu nuevo estado!  
(Tendiendo la mano sobre la cabeza de Luz.)

Tu amante padre, gozoso,  
te bendice en este dia. (Levantándola.)

Deja el suelo, ángel hermoso...

¡á mis brazos, hija mia!...

y ¡vuela á los de tu esposo!

LUZ. ¡Virgen del Cármen piadosa...  
qué es lo que estoy escuchando!...

¡yo tan feliz, tan dichosa!...

¡yo de don Félix esposa!...

¡Don Félix!... ¿estoy soñando?

FELIX. No sueña la que soñaba  
cuando de aquí me alejé:  
te amaba mucho y callé  
porque salud me faltaba,  
salud que al cabo encontré.  
Y hoy te busco de tal suerte.

Luz, *que llevo aquí encendida*,  
que sólo para quererte,  
vengo de nuevo á la vida

DESDE EL UMBRAL DE LA MUERTE.

(Se abrazan todos y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 29 de Marzo de 1874.









